

435.

La novela
TEATRAL

DISRAELI
Comedia en tres actos,
adaptación española de
Manuel Linares Rivas
L. N. Parker.

50 cts.

ASUNCIÓN LLEDÓ



EL FOLLETIN

HA PUBLICADO ESTA SEMANA LOS MOHICANOS DE PARIS (TOMO DUODECIMO) ALEJANDRO DUMAS

NÚMEROS PUBLICADOS

ALEJANDRO DUMAS

Los mil y un fantasmas. 1.
Los tres mosqueteros. - 16 y 17.
Veinte años después. 18, 19 y 20.
El vizconde de Bragelonne. - 21, 22, 23, 24,
25 y 26.
El conde de Monte-Cristo. - 40, 41, 42 y 43.
Memorias de un médico. - 46, 47, 48, 49,
50 y 51.
El collar de la reina. - 52, 53, 54 y 55.
Angel Pitou. - 56, 57 y 58.
La condesa de Charny. - 59, 60, 61, 62, 63,
64, 65 y 66.
La mano del muerto. - 67 y 68.
Las dos dianas. - 93, 94 y 95.
Los mohicanos de París. - 96, 97, 98, 99, 100,
101, 102, 103, 104, 105, 106 y 108.

VICTOR HUGO

Han de Islandia. - 2.
El hombre que ríe. - 18 y 29.
Nuestra señora de París. - 30 y 31.
El noventa y tres. - 32.
Los miserables. - 33, 34, 35 y 36.
Los trabajadores del mar. 37 y 38.
Bug-Jargal. - 44.

VARIOS

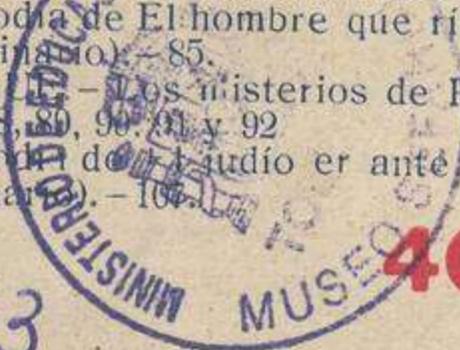
CARLOS DICKENS. - Los tiempos difíciles. - 3.
F. DOSTOIEWSKI. - Crimen y Castigo. - 4.

132 páginas

ALLAN P. E. - Aventuras de Arturo Cor-
don Pym. 5.
E. SIENKIEWICZ. - ¿Quo Vadis? - 6.
IVAN TURGENEV. - Humo. - 7.
WALTER SCOTT. - El pirata. - 8.
ABATE PREVOST. - Manon Lescaut. - 9.
H. DE BALZAC. - La piel de zapa - 10.
PONSON DU TERRAIL. - Las miserias
de Londres. - 11.
FENIMORE COOPER. - El último mohi-
cano. - 12.
GABORIAU. - Por el honor del non bre. - 13.
WISEMAN. - Fabiola. - 14.
LEON TOLSTOI. - Resurrección. 15.
DICKENS. - El hijo de la Parroquia. - 27.
DU TERRAIL. - La soga del ahorcado. 39.
WALTER SCOTT. - Quintín Durward. - 45.
TOLSTOI. - Ana Karenin. - 69, 70 y 71.
Parodia del Conde de Monte-Cristo. - (Ex-
traordinario) - 72.
TOLSTOI. - Ana Karenin. - 73.
E. SUE. - El judío en ante. 74, 75, 76, 77 y 78.
Parodia de los Miserables. - (Extraordi-
nario). - 79.
E. SUE. - El judío errante. - 80, 81 y 82.
TOLSTOI. - La sonata de Kreutzer. - 83.
E. SUE. - Los misterios de París. 84.
Parodia de El hombre que ríe. - (Extraor-
dinario) - 85.
E. SUE. - Los misterios de París. 86, 87,
88, 89, 90, 91 y 92.
Parodia de El judío en ante (Extraordi-
nario). - 100.

40 cts.

R. 11053



PROXIMAMENTE APARECERA

EL LIBRO AZUL

Obras maestras de pasión y romanticismo universal.—Lujosamente presen-
tadas.—Escrupulosamente traducidas.—Ornadas con magníficas cubiertas e
ilustraciones a cuatro colores.

Volúmenes de 120 páginas, 150 pesetas.



Lo mejor para las canas "BRILLANTINA INDIA"

(SIN GRASA)

DEVUELVE A LOS CABELLOS BLANCOS SU COLOR PRIMITIVO SIN TEÑIRLOS. INOFENSIVA - GARANTIZADA

Premiada en la exposición de higiene

PRECIO: 5 PTS. EN PERFUMERIAS Y DROGUERIAS. - POR

Marca Registrada MAYOR, JOSÉ BARREIRA.-MUÑOZ TORRERO, G.-MADRID.

La novela TEATRAL

Sumario de obras publicadas en LA NOVELA TEATRAL

GALDOS.-49. Electra.-53. Doña Perfecta.-55. La loca de la casa.-62. Rosalind.-82. La de San Quintín.-**Sor Simona.

Benavente.-9. Todos somos unos.-102. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.-220. Más fuerte que el amor.-239. La princesa Bebé.-233. El dragón de fuego.-250. La ciudad alegre y confiada.-261. La gata de Angora.-263. La losa de los sueños.

Quintero.-66. Doña Clarines.-71. El patio.-75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.-**Pepita Reyes.-256. El centenario.-287. La zagala.-291. El género infimo.

Gulmerá-113. María Rosa.-114. Tierra baja.-196. Agua que corre.

Lin res Rivas.-15. El cardenal.-99. La cizaña.-101. Bodas de plata.-241. Cristobalón.-246. Toninadas.-250. Flor de los pazos.-287. Sangre roja.-292. La razón de la sinrazón...-296. Añoranzas.

Martínez Sierra.-99. Primavera es otoño.-**El ama de la casa.

Tomayo y Baus.-136. Un drama nuevo.-209. La bola de nieve.-136. Lances de honor.-149. La guerra de amor.-177. Lo positivo.-214. Virginia.

Díaz de Viana.-6. El lobo.-14. Sobrevivirse.-24. El señor Fendal.-30. El crimen de ayer.-60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Lucifera.-**Juan José.

Zorrilla.-133. El alcalde Ronquillo.-130. El Zapatero y el Rey.-181. Sancho García.-148. El puñal del Codo.-171. La mejor razón la espada.-184. El Zapatero y el Rey (1.ª parte.)

Villaseca.-10. El Rey Galaor.-23. Aben-Hameya.-37. Doña María de Padilla.-65. La reina de Castilla.-217. El Halconero.-**El Alcazar de las Perlas.-28. La Chocarda.-354. La májica de Goya.

Marquina.-154. En Flandes se ha puesto el sol.-202. Doña María la Brava.-201. El retablo de Agreñano.-223. Las hijas del Cid.-195. El Rey trovador.

Ramos Carrión.-84. El noveno mandamiento.-95. La tempestad.-95. La Bruja.-165. La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del capitán Grant.-179. Mi cara mitad.-175. Los señores.-213. La criatura.-80. La Marsellesa.-271. Agua, azucarillos y aguardiente.

Vital Aza.-32. Francfort.-33. La Rebotica.-36. Cuentos exactos.-39. La Praviñana.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis Miquis.-63. La sala de armas.-107. Los codornices.-137. El suso dorado.-125. El matrimonio interino.-225. Llovido del cielo.-197. El señor cura.-131. El sombrero

de copa.-116. Con la música a otra parte.-191. El escudador.-208. P...

Ramos Carrión-Vital Aza.-147. El señor gobernador.-119. Zaragüeta.-183. Robo en despoblado.-151. El padrón municipal.-110. El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.-118. El rey que rabió.

Echegaray (Miguel).-44. La viejecita.-51. Gigantes y cabezudos.-76. El dúo de la Africana.-91. La Rabalera.-116. Los demonios en el cuerpo.-178. La Credencial.-163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.-111. El octavo, no mentir.-303. Juegos malabares.-305. Meterse a redentor.-307. La monja descalza.

Arniches.-2. La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas.-20. Dolorettes.-21. La señorita de Trévez.-48. La gentuza.-87. La noche de Reyes.-282. La chica del gato.-283. La heroica villa.-285. Es mi hombre.-286. La pobre niña.-289. Los caciques.-298. La hora mala.-302. ¡Que viene mi marido!

Arniches-García Alvarez.-5. Alma de Dios.-17. El pobre Valbuena.-70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El método Górritz.-87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-106. Gente menuda.-223. El príncipe Casto.

García Alvarez-Muñoz Seca.-8. El verdugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI.-34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego.

Muñoz Seca.-270. La plancha de la marquesa.-273. La verdad de la mentira.-275. Los pergaminos.-276. La razón de la locura.-278. La cartera del muerto.-280. El Condado de Mairena.-141. La barba de Carrillo.-188. Paustina.-288. Los misterios de Laguardia.-301. El último pecado.

Muñoz Seca-Pérez Fernández.-267.-Pepe Coque o el mentir de las estrellas.-268. La fórmula 3 K3.-78. Trampa y cartón.-27. López de Coria.-187. Los amigos del alma.-284. Un drama de Calderón.-280. Martingalas.-102. Triaxerías.-253. La hora del reparto.-255. El parque de Sevilla.

Paseo de San...-16. El río de oro.-49. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.-286. Los perros de presa.

Perrín-Palacios.74. La Corte de Paroán.-80. La manta zamorena.-81. Pedro Gímenez.-88. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El Húsar de la Guardia.-142. Encarnación libre.-218. Certamen Nacional.-124. Cuadros divertidos.-160. La tierra del Sol.-225. Las mujeres de don Juan.-146. El País de las Hudas.-149. Cinematógrafo Nacional.

N.º 435
Año X

LA NOVELA TEATRAL

DIRECTOR: JOSE DE URQUIA

Madrid 22
Marzo 1925

ADMINISTRACIÓN: MADRID.—CALVO ASENSIO, 3.—APARTADO 8.008. TELÉFONO J-624

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS.

DISRAELI

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

L. N. PARKER

ADAPTACIÓN ESPAÑOLA DE

Manuel Linares Rivas

PERSONAJES

CLARISA MONTEVERDE.—AGATA.—MARY DISRAELI.—LA DUQUESA DE MONTEVERDE.—ANA.—
BENJAMIN DISRAELI.—CARLOS DUNEL, VIZCONDE DE DUNEL.—HUGO MAYER.—MIGUEL PRO-
BERT.—POTTER.—EL DUQUE DE MONTEVERDE.—FOLJAMBE.—TERLE.—ADOLFO.—LORENZO.

(La acción en Inglaterra, en el año 1870. Derecha e izquierda, las del actor.)

ACTO PRIMERO

Un salón lujoso, al estilo inglés de 1870, en la casa señorial de los duques de Monteverde, en las cercanías de Londres. Una ventana practicable sobre el jardín. Es por la mañana en verano. Derecha e izquierda las del actor.

La duquesa, Ana y Adolfo, sentados: luego, del interior, María y Lorenzo.

ADO.—¿Vamos, por fin, a Balmoral, duquesa?

DUQ.—En Septiembre, que es la fecha indicada por Su Majestad a la Corte.

ANA.—Pues, tendremos nosotros que volver a Londres un par de días para los modistos.

ADO.—Cuando quieras.

MAR.—(Entra y besa a la duquesa.) Felices, madre. ¿Has descansado?

DUQ.—¿Y tú, María?

Dichos: el duque y Carlos.

MAR.—(Saludándole desde su sitio.) Buenos días, papá.

DUQUE.—Hola...

LOR.—¿Y usted, Carlos?

DUQUE.—De salud, magnífico, pero de ideas anda un poco por las nubes.

SC-B-256



Colour Chart #13

CAR.—No pueden ser más prácticas. Créo que un hogar confortable es el fundamento de la vida inglesa, y deseo aplicar esa teoría a las clases sociales inferiores, para lo cual empezaré por que cada uno de mis colonos tenga su casa propia y con todos los detalles necesarios.

DUQUE.—Tú les pondrás una casa monísima, de acuerdo con tus teorías, y ellos, de acuerdo con las tuyas, te la pondrán hecha una lástima, porque preferirán, naturalmente, sus gallinas y sus perros a tus muebles y a tu higiene.

CAR.—A esos les quito la casa.

DUQUE.—Y para esos te haces odioso. ¡Cuidado con los modernismos, muchacho!

ANA.—¿Cómo sigue la señora de Disraeli?

DUQ.—No fué nada: un mareo. Sin embargo, Agata ha subido nuevamente a preguntar.

DUQUE.—¿Qué mujer tan encantadora esa Agata, verdad?

DUQ.—Repítelo, y ella misma te dará las gracias.

Dichos: Agata, por izquierda, con carta.

AGA.—¿Hablan bien de mí?

MAR.—Como usted se merece.

AGA.—Dios se lo pague a todos. La señora de Disraeli está ya bien completamente y bajará en seguida.

DUQ.—Lo que le plazca más a ella, que mis invitados tienen libertad absoluta por las mañanas.

AGA.—Ya la aprovechamos, menos ese buen señor, que aun diciendo que viene a descansar, trabaja continuamente.

DUQ.—¿Prober? El director del Banco de Inglaterra no puede permitirse el lujo del reposo.

AGA.—¿Y Clarisa, aún no amaneció?

DUQ.—¡Buena es ella para no madrugar! A estas horas, ya hizo sus cuatro kilómetros de paseo, y seguramente habrá echado su parrafito con el pastor de la parroquia.

MAR.—Eso era antes. Ahora, desde que está con nosotros Disraeli...

DUQ.—Desde que nos hace el honor de estar en nuestra casa. ¿No es así, señor duque?

DUQUE.—Así es, señora duquesa... aunque pongas un puntito de ironía en tus palabras. Ese hombre honra siempre con su presencia.

DUQ.—Esa es tu opinión.

DUQUE.—La mía y la de Inglaterra.

MAR.—Y la de Clarisa, que le dedica sus paseos matinales; y en el parque andan los dos enfrascados en conversaciones sublimes.

LOR.—Nuestra hermana concluirá en estadista...

ADO.—Es muy probable.

AGA.—*(Que lee una carta.)* Mi marido, que le reitere las gracias por sus amabilidades.

DUQ.—De nada. Es para mí una satisfacción el corresponder, con estos días de permanencia en mi casa, a las bondades de usted, cuando nos encontramos en Bâden-Bâden, que yo no entendía una sola palabra de alemán, y si no hubiera sido por la afectuosa cortesía de usted...

AGA.—Un deber de compatriota.

DUQ.—No pude nunca aprender idiomas extraños.

CAR.—Ni hay para qué, siendo ingleses.

DUQUE.—Claro que no. Que aprendan inglés los demás.

DUQ.—Eso es lo natural.

MAR.—Por cierto que allí tampoco tuvimos el gusto de conocer a su marido de usted.

AGA.—Había estado unos días antes, pero en una escapada, porque los ne-

gocios le absorben. En el primer viaje a Londres, se apresurará a saludar a ustedes.

DUQ.—Cuando guste.

CRIA.—(Con una bandeja llena de cartas, por la izquierda.) Para el señor Disraeli.

DUQ.—A su cuarto o al de su secretario, pero aquí no me traiga papelotes. (Mutis criado por la izquierda.)

ANA.—Vamos a jugar a algo, que yo no sé estarme cruzada de brazos. ¿Quiere, Agata?

AGA.—Sí.

MAR.—¿Al croquet?

AGA.—A cualquier cosa. (Van saliendo por la izquierda, Agata, Ana, María, Lorenzo y Adolfo.)

DUQ.—Te das el gusto de ofrecerle hospitalidad a tu jefe, pero esta casa la revuelve su presencia.

DUQUE.—No creas que le agradan tantas visitas ni tanta correspondencia, pero en un cargo como el suyo no se puede sustraer a sus amigos... ni a sus enemigos.

DUQ.—Basta con que a ti te haya parecido conveniente el traerle.

DUQUE.—Es algo más, porque me lo suplicó el mismo Disraeli.

DUQ.—¿Suplicártelo?

DUQUE.—Necesita hablar con el director del Banco sin que lo adviertan demasiado, y me pidió que lo invitara precisamente cuando el otro estuviera aquí.

DUQ.—¡Ah!...

DUQUE.—Esto, que es justo que tú lo sepas, te suplico que lo reserves.

DUQ.—Descuida.

CAR.—(Que se alejó discretamente, se acerca al ver separarse al duque.) Duque, ¿les molestaría escucharme unos minutos?

DUQ.—Nunca.

CAR.—Antes de aceptar la cariñosa invitación de ustedes, para estarme aquí unos días, he hablado con mi padre respecto de nuestras esperanzas con Clarisa.

DUQUE.—No hemos de ocultarte que ese proyecto nos halaga a las dos familias. ¿Verdad, Delinda?

CAR.—Confiándome en ello, pensé que convendría ya formalizarlo.

DUQ.—Soís muy jóvenes.

CAR.—Bastante, sí, pero considerando las enormes dificultades a que debo hacer frente cuando tome posesión de mi título y de mi herencia, prefiero casarme pronto para que mi mujer y yo vayamos imponiéndonos de todo serenamente.

DUQ.—En ese aspecto no corre prisa ninguna, que la salud de tu padre no es para inspirar temores.

DUQUE.—Al contrario.

CAR.—Y Dios se la conserve igual muchos años, pero nadie me responde de una desgracia mañana mismo, ni yo le disminuyo un sólo instante de su vida por estar bien al tanto de los asuntos de la casa.

DUQ.—Es verdad... ¡pero hace tan extraño el hablar friamente de estas cosas!

CAR.—Respeto esa impresión, por ser de usted, pero yo combato los sentimentalismos exagerados y fuera de lugar.

DUQUE.—¡Ya lo veo, ya! Por lo menos exteriormente no demostrarías mayor tranquilidad si me propusieras la compra de un potro de carreras o de una canoa de regatas.

CAR.—¿Supongo que por el hecho de no ser extremoso en mis palabras, no se figurará usted que es menor mi admiración por Clarisa?

DUQUE.—Ni por el potro. Conformes. Pero estoy un poco a la antigua, y aún

me gusta que empleen las grandes palabras cuando se quieren expresar los grandes sentimientos.

CAR.—Le suplico que no vea en mis expresiones sino el afán de dominarme.

DUQUE.—Eso deseo.

CAR.—Y eso es en lo más profundo de mi pensamiento. ¿Me autorizan ustedes para hablarla?

DUQ.—Háblala, pues, pero no olvides que también ella puede tener sus ideas...

DUQUE.—De que las tiene. Es una mujercita muy seria.

CAR.—¡Mejor!

DUQUE.—Dejó de estudiar los libros de historia porque decía que no le enseñaban más que historietas, y dejó de estudiar música porque ella tenía demasiado temperamento y la profesora demasiado poco.

CAR.—Esas son niñerías que no me inquietan.

DUQ.—Tú verás...

CAR.—¿Autorizado?

DUQ.—Sí.

CAR.—Gracias. (*Besa la mano a la duquesa y estrecha fuertemente la del duque.*)

Dichos: Mary Disraeli y Agata, por la izquierda.

AGA.—Nuestra enferma.

DUQ.—Celebro que no haya sido nada su indisposición.

MARY.—Nada. ¿Y ese marido mío?

DUQ.—Paseando con Clarisa.

MARY.—Jamás he visto a nadie que le atraiga tanto la belleza y la juventud.

CAR.—¿Siempre fué así?

MARY.—(*Riendo.*) Siempre... menos al elegirme. Pero yo no he sido vieja siempre, señor vizconde... y, a pesar de eso, aún hoy no acierto a explicarme cómo me pudo preferir a todas el hombre más eminente y más codiciado de la tierra.

DUQ.—No le faltarían razones...

MARY.—Gracias, duquesa. Hoy es cuando no le faltan, que cariño más grande que el mío ni admiración más constante que la mía no los encontrará en nadie.

DUQUE.—Mucho es.

MARY.—Algo. Pero lo merece todo, aunque no fuera más que para compensarle de la enorme labor que lleva a diario sobre sus hombros. No descansa un minuto, y aún a veces ha de aparentar que se distrae para trabajar más a sus anchas.

DUQUE.—No en balde es el primer ministro del Reino Unido.

AGA.—Un gran puesto... ¡¡Ya lo creo!! Pero yo, casi, casi, preferiría el del otro, el de Probert... ¡Si me dejara sola un ratito en las cuevas del Banco!

CAR.—No adelantaría usted nada, que los políticos lo acaparan todo y donde hay provecho no dejan entrar sino al que ya no puede salir.

MARY.—Tiene usted una buena opinión de los políticos.

CAR.—Usted no, claro.

MARY.—Yo no, claro. Porque cuando veo que necesita unos cientos de libras esterlinas y ha de acudir a mí, a mi fortuna personal—que es muy suya, y aún lo sería más si él lo permitiese—no acabo de convencerme de que haya aprovechado mucho su vida entera de mando y de poder para entrar con la mano hasta el codo en esos Bancos, que usted envidia y que el señor vizconde está seguro de que se dejan saquear.

CAR.—Yo no lo decía por Disraeli.

MARY.—Entonces no lo dijo usted por nadie, puesto que ahora sólo hablábamos de Disraeli.

DUQ.—Carlos generalizó un poco.

MARY.— Un poco de más. Y nada más.

Dichos: Clarisa, por la izquierda.

CLA.—Vengo asombrada. ¡Ese hombre es maravilloso!

CAR.—Ya sabemos que te lo parece... y es lástima que no se decida alguna vez a maravillarnos a todos.

CLÁ.—No es fácil...

DUQ.—¿Somos incapaces de seguir su vuelo?

CLA.—No por eso sino porque la frivolidad de nuestras conversaciones no le presta motivo para elevarlas, ni él se quiere mostrar ansioso de poner el paño al púlpito a todas horas y venga o no venga a cuento. Pero cuando se siente escuchado—y sobre todo cuando no hay las trabas de los burlones o de las malas querencias... que de todo hay por el mundo, y no siempre con gran motivo—entonces se deja ir a brida suelta y tiene el poder de un mago transformando visiblemente cuanto toca. El paisaje más sencillo es país de hadas en sus labios, y una florecilla silvestre es razón de sobra para las más divinas fantasías.

MARY.—¡Ya lo creo...!

CAR.—Un gobernante no se debía permitir fantasías.

CLA.—¿Un gobernante? Pero cuando va a mi lado de paseo, unos minutos, cogiendo hojas de los álamos y contándome historias de cómo aman las abejas o de por qué se pelean los silfos en los bosques, piensas tú que Disraeli se cree entonces gobernante? No, Carlitos, no; entonces, tiene el buen sentido de no creerse más que un hombre.

MARY.—Y esa es una de sus manías: ser tan distinto.

DUQUE.—Realmente Dizzi es encantador. ¡Perdón, Mary!

MARY.—¡Por llamarle Dizzi! Toda Inglaterra le llama así, cariñosamente, y es un diminutivo que le ennoblece como una grandeza.

DUQUE.—Bien se lo ha ganado.

AGA.—Yo tengo muchos deseos de oírle hablar en público.

DUQ.—Un asombro, señora, un asombro.

Dichos: Disraeli, por la izquierda, con papeles.

DIS.—Buenos días, duquesa... Vengo de su palomar, y he visto el suelo lleno de maíz. Debía usted cortar la ración de grano en esta época, que es muy ardiente y, además, las engorda con exceso.

DUQ.—No soy yo quien se ocupa de ellas.

DIS.—¡Lástima! Se pierde usted un puñado de buenos amigos.

MARY.—¿Qué tal ese paseo con Clarisa?

DIS.—Delicioso... y absurdo. El invierno al lado de la primavera: el candor y la inocencia con...

CAR.—Con la astucia.

DIS.—Yo iba a decir con la experiencia. Viene a ser lo mismo, sólo que lo mío es menos áspero.

CLA.—No variando el fondo de lo que se quiere decir, lo más suave es preferible.

DIS.—Esa es mi opinión también, pero, ya ve usted, que hay quien discrepa.

CLA.—Y quién no. Súmese usted a los que le convengan más.

DIS.—A usted.

CLA.—Pues, a mí... pero cuando vuelva. (*Mutis por la izquierda.*)

DIS.—¿Y ese Probert continúa sin dejarse admirar?

DUQ.—Trabajando.

DIS.—¡Bah, bah!... (*Tira del cordón de la campanilla.*)

CAR.—No le llegan las horas del día para sus quehaceres.

DIS.—Mala señal. (*Vuelve a llamar.*) ¿Con su permiso, eh, duquesa? Como el tiempo no se lo ha de prolongar nadie, quien no se ajusta a lo que da el tiempo no es hombre de buen método.

DUQUE.—Exacto.

DIS.—(Al criado que sale por la izquierda.) Al señor Probert, que tendríamos gusto en verle. (Mutis criado izquierda.)

AGA.—Está usted muy acostumbrado a mandar, Disraeli.

DIS.—Por desgracia, que mandar es el primer paso que uno da para ser aborrecido... pero el oficio lo exige, que la humanidad no obedece más que mandada... y a veces.

DUQ.—Para algunos es muy grato el anticiparse a los deseos ajenos.

DIS.—Sí, pero a esos no los cuento entre la humanidad. Son ángeles que todavía no han emigrado de la tierra, como usted, duquesa.

DUQ.—Para seguir mereciendo ese elogio... (A media voz), voy a dejarle solo con Probert.

DIS.—(Inclinándose agradecido.) No tengo nada de particular que decirle.

AGA.—Pero siempre ha de ser interesantísima una conversación entre el primer ministro y el primer financiero.

DIS.—¿Cuándo se puede oír? No, nada interesante.

AGA.—¿Y cuándo no se puede?

DIS.—Entonces, quizás...

AGA.—Como yo no entiendo de números, a mí, probablemente, ni esas me importarían. (Mutis con la duquesa por la izquierda.)

DIS.—Con seguridad. (Aparte a Mary.) Esta señora me recuerda alguien, que no acabo de precisar. ¿Tú no caes en quién?

MARY.—¿De hace mucho?

DIS.—No sé... pero esa fisonomía yo la he visto.

MARY.—Pensaré en ello. (Mutis por la izquierda.)

DUQUE.—En un rato que tengas libre has de explicar tus planes a Disraeli.

CAR.—No son gran cosa. Mejorar la condición de mis colonos e introducir la higiene en sus viviendas.

DIS.—La salud ante todo.

CAR.—Ya sabía yo que usted se reiría.

DIS.—Pues se quivoca usted. No lo creo un proyecto grande, de transformación rápida de un país, pero de eso a despreciarlo, hay un abismo... y yo seré quien reanude con usted esta conversación.

CAR.—Gracias.

DUQUE.—(Llevándosele.) Juzgas a Disraeli sin tratarle, sin quererle conocer, y ese es mal sistema para juzgar a los hombres. (Mutis los dos por la derecha.)

Disraeli, Probert, luego Agata.

(Disraeli, un momento pensativo, coge rápidamente un libro y se sienta a leer.)

PRO.—¿Me llamaba usted?...

DIS.—Le llamábamos todos, amigo Probert, pero ya que los demás no aguardaron, haga usted cuenta de que le llamé yo solo.

PRO.—Es que estoy ocupadísimo...

DIS.—Así le será más agradable este descanso. Y aunque el libro es muy ameno, no lo puedo comparar a unos instantes de charla con usted.

PRO.—Pues hablemos.

DIS.—(Se levanta y cierra las dos puertas.) Le tengo un miedo horrible a las corrientes de aire...

PRO.—Y yo.

DIS.—Sobre todo desde aquel catarro bronquial que me dejó tan debilitado...

PRO.—Sí, sí.

DIS.—(Sentándose.) Y también un poco a que nos molesten los ruidos de fuera. En el campo se oye a distancias inverosímiles.

PRO.—Eso dicen.

DIS.—Le podría referir centenares de ejemplos asombrosos.

PRO.—Dispéñseme, Disraeli, pero estoy más agobiado que nunca de trabajo.

DIS.—Yo, no; igual que siempre. Pero si a usted le urge tratarlo me pongo a sus órdenes.

PRO.—¿Va a resultar que yo soy el de las prisas?

DIS.—Sin cuestión. Yo, charlaría gustoso de mil nimiedades.

PRO.—Ande, Disraeli, ande, que ya le conozco.

DIS.—Pues me lleva usted una gran ventaja para tratar los asuntos.

PRO.—Lo diré con más exactitud: que ya nos conocemos.

DIS.—Eso sí que no lo creo. De conocernos realmente, y habiéndole hecho a usted una pregunta hace ocho días, debiera usted estar convencido de que nuestra conversación no podía empezar más que por la respuesta de usted.

PRO.—¡Disraeli!

DIS.—Y mientras esa no llega, charlamos, nos distraemos, estoy agradabilísimamente con usted... ¡pero no hablamos de verdad, Probert, no hablamos!

PRO.—¿En serio pretende usted comprar el Canal de Suez?

DIS.—¡Chiss!

PRO.—¿E Ismael Pachá quiere venderlo?

DIS.—¡Sin nombres, sin nombres! En el campo se oye a distancias inverosímiles. He tenido el honor de hacérselo notar a usted ya antes... y a veces, oídos finísimos contribuyen a esa deplorable percepción.

PRO.—¿Teme usted que escuchen?

DIS.—Siempre. Es una teoría... que adquiriré a fuerza de práctica.

PRO.—¿Cómo sabe usted los deseos de... de ese que dije?

DIS.—Confidencias no me faltan.

PRO.—¿Y usted espera que yo (*Con los labios.*) el Banco de Inglaterra le garantice el pago?

DIS.—Hasta la reunión del Parlamento.

PRO.—Esa es precisamente la dificultad, porque, sin el mandato de las Cortes, incurrimos en gravísimas responsabilidades. Reúna las Cámaras.

DIS.—No puedo aguardar tanto. Y, además, discutirlo, pregonarlo... ¡no, no, hay que ir al revés, en silencio y a golpe hecho!

PRO.—¿Para qué?

DIS.—El camino de India debe ser nuestro.

PRO.—Historias viejas.

DIS.—Y peligros nuevos.

PRO.—Usted no puede ignorar que, financieramente, ha sido y es un pésimo negocio el Canal de...

DIS.—Sin nombres, sin nombres, queridísimo Probert. ¿Mal negocio? ¡Exacto! ¿Pocos barcos? Exactísimo. Pero casi en absoluto de pabellón inglés. ¿Se entera usted? Ingleses.

PRO.—Bueno, sí.

DIS.—Pues eso quiere decir que es a nosotros a quienes nos conviene en primer término. Y sobre eso está además la cuestión política. (*Atraviesa Agata por foro cogiendo flores.*)

PRO.—Muy lejana.

DIS.—Porque hoy es neutral el camino. Cuando no lo sea, porque otra Potencia lo compre, entonces se presentará de súbito el conflicto... y la imposibilidad de resolverlo. Ahora lo podremos adquirir por una suma relativamente pequeña: en cuanto se divulgue aparecerá quien lo desee a toda costa, y como nosotros, también a toda costa, no nos lo dejaremos llevar, calcule usted lo que eso supone en torpeza y... en libras esterlinas.

PRO.—Usted ve sombras en todas partes.

DIS.—Y usted ni en las ventanas.

PRO.—¿En las ventanas?

DIS.—¿Frío, verdad? No se moleste, querido Probert, que yo la cierro. (*Cierra y vuelve a sentarse. Agata desaparece.*)

PRO.—Era una amiga...

DIS.—Y encantadora.

PRO.—Y, volviendo a lo nuestro, no se preocupe usted porque ninguna nación nos cierre ese paso, que ya la arena se ocupa de ello, pronto cegará el canal y volveremos a los buenos tiempos del camello, el barco del desierto, para cruzar lo que hoy es agua. Acuérdesse del Faraón, que ya intentó la misma empresa y fracasó en ella.

DIS.—En cambio, Moisés cruzó el Mar Rojo.

PRO.—Pero Moisés era judío. Es decir, privilegiado.

DIS.—Yo también lo soy. Por consecuencia puedo confiarme.

PRO.—Los milagros no se repiten.

DIS.—¡Qué error! El mundo está lleno de milagros, y, si me apura usted un poco, le diré que por el mundo no hay nada que no sea milagroso.

PRO.—En cierto sentido, claro...

DIS.—Pues vamos a uno más.

PRO.—Usted sabrá cómo.

DIS.—Con usted.

PRO.—No. Lo deploro... pero no.

DIS.—Pues sin usted.

PRO.—No puedo comprometer al Banco. Perdón, señor Ministro, pero esta es mi última palabra.

DIS.—Quién sabe nunca cuándo es la última...

PRO.—Yo, sí.

DIS.—Paciencia entonces.

PRO.—A sus órdenes. (*Mutis por la izquierda.*)

DIS.—Buscaré, pero si no encuentro, habrás de ayudarme a la fuerza, que la marcha de un país entero no se va a detener por un escrúpulo de contabilidad.

Disraeli, Mary, por la izquierda.

MARY.—¿Estás preocupado?

DIS.—Aún no. Hazme el favor de poner un telegrama urgente a Hugo Mayer.

MARY.—(*Sorprendida.*) ¿En Fracfort?

DIS.—Sí.

MARY.—Bien.

DIS.—Pero fírmalo tú, y no lo mandes desde aquí. Sal en coche por la tarde con Clarisa, y tú misma lo llevas.

MARY.—Bien.

DIS.—Luego te daré la clave. Que venga a Londres inmediatamente y que conteste a casa de tu hermana, avisando el vapor en que embarque.

MARY.—(*Acariciándole.*) ¿Alguna contrariedad, Dizzi?

DIS.—Tremenda... porque en ella se envuelve mi descrédito y, lo que es peor, la ruina de muchas esperanzas para mi patria. ¡Horrendo, Mary! Horren... (*Se detiene bruscamente y se ríe silencioso.*) En cuanto avanzamos un poco por el camino de lo trágico, nos sale inmediatamente al encuentro lo mezquino y lo bufo. Ya sé de dónde recuerdo yo a esa Agata, ya, sólo que entonces no se llamaba Agata. (*Llevándosela abrazada.*) Ven, Mary, ven, y te contaré curiosidades muy extrañas de esa mujer... y de Inglaterra.

MARY.—¿Esa mujer e Inglaterra? ¿Así, juntas?

DIS.—Así. Lo mezquino tratando de encaramarse por lo sublime. Oye, oye. (*Y hablando, sonriente, mutis los dos por la derecha.*)

Clarisa y Agata, por la izquierda.

AGA.—No quisieron aguardarnos.

CLA.—¿Por qué no habían de querer?

AGA.—¿Qué hombre más interesante, verdad?

CLA.—¡Muchísimo!

AGA.—Y esa confianza entre ustedes ha de tener momentos deliciosos.

CLA.—No sé lo que él pensará de mí... ¡puede que se burle un poco de mis candideces!, pero yo voy siempre oyéndole encantada.

AGA.—¡Lo que yo daría por escucharles!

CLA.—Pues, venga con nosotros.

AGA.—Conmigo no tiene el mismo afecto, y rompería la intimidad. No, Clarisa, eso no puede ser, y yo me conformo con que usted me cuente luego alguna trase saliente, alguna opinión de interés... y con esas migajas recrearme.

CLA.—Con mucho gusto.

AGA.—Saber sus entusiasmos, sus ambiciones personales...

CLA.—Eso, ya se las digo de una vez. Engrandecer a su Patria, y si para ello ha de arrostrar impopularidades, arrostrarlas sin vacilación.

AGA.—¡Es un gran hombre!

CLA.—¡Ya lo creo!

Dichos: Carlos, por la derecha.

AGA.—En cambio, de éste no me cuente nada. Ya sé todo lo que va a decir. Y, como le veo rondando, no quiero que me cobre odio por retrasarle su ocasión. *(Mutis por la derecha.)*

CAR.—Clarisa... ¿puedes atenderme un momento?

CLA.—Sí. Pero, ante todo, ¿por qué le tienes esa manía a Disraeli?

CAR.—Ni le aborrezco ni me quedo absorto mirándole. No me interesa... y nada más.

CLA.—Pues, ya es un juicio bien extraordinario.

CAR.—Conozco tu excesiva admiración por ese señor... pero no venía para ocuparme de su persona.

CLA.—Pues, de lo que tú quieras.

CAR.—Tus padres autorizan esta conversación, a ruego mío.

CLA.—No era menester tanta ceremonia.

CAR.—He preferido amoldarme a las leyes de la etiqueta.

CLA.—¡Para lo que sirven...! Pero, en fin, por etiqueta que no quede.

CAR.—La duquesa me hizo observar, con gran acierto, que tal vez sea yo un poco joven para casarme, mas como estoy llamado a un arduo porvenir, creo discreto el tomarme tiempo para inculcar en mi esposa la idea exacta de los privilegios y de las responsabilidades que contrae la futura marquesa de Dunél.

CLA.—¿Mucho tiempo para que se entere? Por lo visto, la vas a escoger un poquitito torpe.

CAR.—No es eso, es que yo me preocupo intensamente de las clases proletarias, y entra en mis planes el convivir con mis colonos, conociéndoles bien y haciéndome conocer de ellos para que me respeten y me amen. Les enseñaré los nuevos métodos de cultivo, que aumentarán el rendimiento de las tierras ya cansadas, y les daré conferencias, leyéndoles a Ruskin, que hoy es desconocido entre los aldeanos.

CLA.—¡Pobres aldeanos, que no conocen a Ruskin!

CAR.—Será una época nueva, y los marqueses de Dunél los creadores de una tierra ideal con casas modelo, escuelas modelo, y por consecuencia de esos adelantos, familias y chiquillos modelo de salud y de higiene.

CLA.—Muy bien. ¿Y qué?

CLA.—Tan torpe he sido, Clarisa...—¿me permites llamarte Clarisa?

CLA.—Sí, entre otras razones porque me lo llamaste siempre... y no hay para qué variar ahora, Carlos. ¿Me permites llamarte Carlos?

CAR.—Sí.

CLA.—Gracias.

CAR.—Y respóndeme, te lo suplico. ¿Tan torpe he sido que no comprendiste mi declaración de amor?

CLA.—Pues, la verdad, no la comprendí. Entre los métodos de cultivo y las conferencias de Ruskin, se perdió completamente para mí la idea de amor.

CAR.—Yo no aspiro a ser un héroe de folletín, sino a colocarme desde el primer instante en el terreno de la seriedad, que es al que debo llevar a la que ingresa en una familia respetable, donde jamás hubo mujer de quien se ocupara la malediciencia, ni hombre de quien se comentase ninguna acción.

CLA.—Entendido: ni mujer de quien se hablara mal, ni hombre de quien se hablara bien. Es decir, una serie de gentes que, en una serie de siglos, han pasado por el mundo sin hacer más que eso: pasar. ¡Allá ellos...! y a ti te felicito por la sobriedad de tus retratos. ¡Difícilmente se dará más pronto la idea del aburrimiento en varias generaciones sucesivas!

CAR.—¡Clarisa!

CLA.—Muy obligada a tu preferencia... pero renuncio a tantas complicaciones, que yo, el amor no me lo explico más que con amor... ¡con reformas sociales, no! Y sábelo de una vez: yo quiero cada cosa a su hora y en su lugar, pero nada de mezclas ni de revoltijos incongruentes. ¿Te enteras? Ni colonias modelos, ni niños modelos, ¿eh? Cuando vengan, si han de venir, que sean como los demás, de carne y hueso, gordos como una pelota, sanos como manzanas, y que en la niñez se parezcan lo más posible a unos animalitos ágiles y fuertes.

CAR.—Reflexiona, Clarisa...

CLA.—En nada. Tú quieres empezar la vida con una seriedad enorme y en una posición social definitiva... ¡y eso no es empezarla, es concluirla! ¿Desde el primer día no aguardar nada ni ambicionar nada? ¡Ay, no! Prefiero mil veces un hombre que pelee y que se afane por algo a un hombre aburrido ya siempre por tenerlo todo.

CAR.—¿Y a mí no me crees capaz de un impulso fuerte?

CLA.—No es fácil ni adivino para qué te has de esforzar. Naciste ya en la cumbre... y desde ahí no se puede mirar más que hacia abajo.

CAR.—Entonces te ruego que olvides y perdones mis palabras. (*Mutis por la izquierda.*)

CLA.—Y tú las mías.

Clarisa, y Disraeli, por la derecha.

DIS.—(*Que entró lentamente un poco antes.*) ¿No le atraen a usted las grandezas ya creadas?

CLA.—En quien las forma, sí: en quien las hereda, un poco menos.

DIS.—Es usted francamente radical... En el fondo lo somos todos y querríamos que no hubiera más que un nivel, pero después, cuando vemos que desdichadamente no se nivela más que por abajo, por la miseria y por la ruindad, entonces nos resignamos muy gustosos a que haya diferencias, a que haya estrellas y luceros. No es gran verdad que nos guíen, pero al menos es gran verdad que alumbran y embellecen. Ya es algo, Clarisa, ya es algo.

CLA.—¿Quién lo duda?

DIS.—Y la razón de su negativa fué sencillamente por no ver personalidad en Carlos y temerosa de que no sea más que un número en la serie altanera e inútil de los marqueses de Dunél.

CLA.—¿No basta?

DIS.—Para mí, ya lo creo. Pero veamos, veamos—si usted le tolera a mi buen afecto esta intervención—, ¿desprecia usted a Carlos?

CLA.—¿Qué le voy a despreciar! Incluso le tengo cariño, y si me hubiera dicho te quiero, probablemente le habría contestado: y yo a ti. Pero vino con una retahíla de pedanterías, y me sublevó los nervios.

DIS.—Eso no es más que juventud. Unos años o unos consejos leales disipan esas botaratadas y quedará en lo que es, en un hombre de verdadero mérito.

CLA.—¿Usted lo cree?

DIS.—Sin la menor vacilación.

CLA.—Pues, él no le juzga a usted con la misma indulgencia.

DIS.—Otra vez mal de juventud. ¿Quién no empieza despreciando a los de arriba? Y después, ¿quién no acaba estando arriba o doliéndose enormemente de verse abajo? Este mozo no me tiene buena voluntad—precisamente porque usted me honra con la suya—y piensa que me mortifica de una manera horrible cuando en los salones de Palacio nos encontramos ante una puerta, y él, con su mocedad, pasa primero que yo, siendo el presidente del Consejo.

CLA.—¿Hace eso?

DIS.—El nacimiento le da prerrogativa, y es indiscutible su derecho palatino. A él le encanta, y a mí me da igual. Se pone tan majestuosamente ridículo que raya en lo sublime.

CLA.—¡Pero eso no debiera ser!

DIS.—Y muy conveniente que lo sea. Sobre ese orgullo de casta y de raza se han fundado las grandes naciones, y esa conciencia personal de su propia superioridad es la que permite a un inglés dominar a millares de pueblos salvajes... y a alguno que no lo es todavía oficialmente.

Dichos: Mary, por la derecha.

CLA.—Pero Carlos aún no es nadie.

DIS.—Ya será. Y si usted, en vez de ese no rotundo, le diera un no algo más largo, yo me comprometería a hacer de él un hombre de provecho.

CLA.—Inténtelo... pero bien advertido de que no querré sino a quien demuestre su afán de luchar por algo muy grande.

DIS.—Conformes. Hágame el favor de llamarle.

CLA.—O a quien vaya con tanta perseverancia que se considere capaz, piedra tras piedra, de alzar con su esfuerzo una catedral.

DIS.—A condición de no aguardar para aceptarle a que haya puesto la cruz en la torre, ¿eh?

CLA.—Hablo del intento, no del logro.

DIS.—Entonces mi labor es más modesta y más sencilla. Se reduce a una lección de cantero y de maestro de obras. Avísele, avísele.

CLA.—Ahora mismo. (*Mutis por la izquierda.*)

Mary y Disraeli.

MARY.—¿Y el primer ministro va a meterse a casamentero? ¿No tienes nada más urgente?

DIS.—¿Y quién te ha dicho que esto no lo sea? Traer a mis ideas y a mi partido a un hombre de su condición, ¿es baladí, Mary?

MARY.—No, no...

DIS.—Si le iniciara a mi lado en la política y le confiase un secreto de Estado..., ¿me vendería por unas guineas?

MARY.—Por nada.

DIS.—Y un hombre incorruptible, donde hay tantos que se venden... y tantos que esperan turno para venderse..., ¿es baladí, Mary?

MARY.—Siempre tienes razón, pero no acabamos de convencernos de que las cosas pequeñas pueden ser el principio de las grandes.

DIS.—Es cuestión de mirar.

MARY.—No, Dizzi, no. Es cuestión de ver... y a todos no nos dieron esa cualidad.

Dichos: Carlos y Clarisa, por la izquierda.

CAR.—¿Quiere usted hablarme, verdad? Pues, yo también, y como no suelo ir por dos caminos, vamos por el más recto. (*Mary se reunió con Clarisa, y mutis ambas por la izquierda, cerrando la puerta.*)

DIS.—Por el que usted elija.

CAR.—Usted ha sugestionado a Clarisa, y todos los que nos acercamos a ella, cuando aún cantan en sus oídos los conceptos sonoros de Disraeli, llevamos perdida la batalla. No somos como él... y en su opinión, no somos nada.

DIS.—Esa no es mi culpa.

CAR.—Pero es en mi daño, y aunque sea muy ajeno a los propósitos de usted... ¡resulta usted mi enemigo!

DIS.—Eso acabo de decirle a Clarisa.

CAR.—¡Que es usted mi enemigo!

DIS.—No. Que es usted inteligente.

CAR.—¡¡Disraeli!!

DIS.—Y que no le juzgara a usted por alguna altisonante—resabio de Liceos y espuma de mocedades—sino por las verdaderas cualidades que usted reúne.

CAR.—(Sorprendido.) Disraeli...

DIS.—Y como no la sugestiono pero si la persuado, me respondió algo que a usted le importa conocer: primero, que su negativa hacia usted no es absoluta ni mucho menos.

CAR.—(Cogiéndole ansioso). ¡¡Disraeli!!

DIS.—(Sonriendo.) No vaya usted a abrazarme... ¡acuérdesse de que somos enemigos.

CAR.—No, no...

DIS.—Y después, que su conducta dependerá de la de usted, porque ella no rechaza al hombre sino al hombre ocioso, al que se limita a vivir de su fortuna sin preocuparse de algún modo en los problemas de su país.

CAR.—Tiene razón, y a ello estoy dispuesto, por ganarla y por ser útil, que es bien doloroso el estado de la Nación por culpa de los malos Gobiernos, cuando el pueblo posee energías extraordinarias, una aristocracia entusiasta y una burguesía industrial, capaces por sí solos de llevarnos a la cima de las más altas empresas.

DIS.—Bien, bien... ¡bien! Esas mismas palabras se decían cuando perdimos América, esas mismas en los terribles motines de la India, esas cuando las penalidades de nuestros soldados en Crimea, esas justificaron el abandono de Dinamarca, y esas nos consuelan siempre de todo lo que perdemos, aunque jamás nos sirvan para ganar ya ni un palmo de terreno nuevo. Bien, bien... ¡bien!

CAR.—¿Dije una torpeza...?

DIS.—No... una equivocación. En las botellas viejas del patriotismo hay vino nuevo de cepas que no se plantaron en la misma tierra, que un día fermentarán, y entonces, ya veremos si salta el tapón o si se rompe la botella.

CAR.—¿Usted ve peligros?

DIS.—¿No los he de ver? Los pueblos crecen y en todas partes su expansión se tropieza con nuestras colonias. ¿Cuál es la más importante? La India. ¿Cuál es la más amenazada por la dificultad material de arribar a ella con socorros? La India. Ya sabe usted un peligro.

CAR.—¡Pues, a eso hay que acudir!

DIS.—Ayúdenos. Todos sirven y todos faltan.

CAR.—¿Sabré?

DIS.—Se aprende.

CAR.—¿Cómo empezar?

DIS.—A mi lado, si usted quiere.

CAR.—Quiero. Mándeme usted, Disraeli.

DIS.—Hoy empezaremos.

CAR.—¿Y usted ve ya solución para eso de la India?

DIS.—Sí, muy sencilla, con... (Interrumpiéndose y alzando algo la voz)—con una simple zanja cavada en la arena.

CAR.—(Desconcertado.) ¿Una zanja...?

DIS.—(Aproximándose de espaldas hacia la puerta izquierda, con la mayor naturalidad posible.) Exactamente. Nada de cultivos costosos ni de movimientos de tierras exagerados, nada de eso. Una simple zanja en la arena es lo mejor para

esos ensayos de la remolacha en grande escala. Así me lo comunican en su informe los ingenieros de... (Abre rápido la puerta y aparece Agata.) Perdón, señora...

Dichos: Agata por la izquierda.

AGA.—Venía a buscar un libro, que no sé si lo he dejado aquí.

DIS.—¿Cuál?

AGA.—Unos versos de lord Byron. (Bayron).

DIS.—Los buscaremos. Auxílienos, Carlos.

CAR.—Sí, señor. (Los tres buscan.)

DIS.—Estábamos en lo más interesante de una discusión agrícola. Unos precognizan los terrenos arcillosos, otros el empleo de fertilizantes minerales, pero yo me inclino a la arena.

AGA.—¿A la arena?

DIS.—(Inclinándose para buscar el libro.) Eso...

Dichos: Todos, por la izquierda.

DUQ.—¿Juegan ustedes al escondite?

DIS.—Casi...

AGA.—¡Aquí está!

DUQUE.—¿Quién?

DIS.—Lord Byron.

MARY.—Dizzi, que te han prohibido los médicos agacharte...

DIS.—Y yo obedezco como regla general, pero a veces no hay más remedio que inclinarse mucho para coger algo...

MAR.—Tú sabrás.

DIS.—Y ahora, señores, una noticia trascendental. El señor vizconde de Dunél me hace el gran honor de aceptar una secretaría a mi lado y en la Presidencia. (Todos le rodean.)

DUQ.—¿Carlos?

AGA.—¿Usted?

CLA.—¿Tú?

DIS.—Y, además, ha resuelto implantar en las dunas inmensas que posee en Irlanda un procedimiento nuevo de cultivo y que será ventajosísimo para la prosperidad de Inglaterra...

DUQUE.—¿Es posible?

DUQ.—¿Pero, Carlos?

CLA.—¡Haces bien!

AGA.—¿Pero qué es?

LOR.—¿Qué es?

DIS.—Dígalo usted mismo.

CAR.—Que una zanja, cavada en la arena, es el mejor lecho para el cultivo de la remolacha.

DIS.—(Que va asintiendo gravemente a cada palabra.) Exactamente... exactamente. (Todos sorprendidos, pero ninguno quiere demostrar sus dudas y dicen maravillados. ¡Ah!... Mary sonríe, y Clarisa estrecha la mano de Carlos.) (Telón.)

ACTO SEGUNDO

El despacho particular de Disraeli, en la Presidencia. Puerta lateral a derecha e izquierda. Una grande, abierta, a foro, y que comunica con un saloncito, del que se ve parte. Es por la mañana, unos días después del acto anterior.

La escena desierta. Entra Foljambe, por la derecha, con unos papeles, se cerciora

de que no hay nadie y fisgonea en la mesa. De pronto se aparta, queda un momento en la actitud del que deposita algo sobre la mesa, y cuando comprende que ya entraron y le ven termina la acción dejando efectivamente los papeles
Foljambe y Disraeli, por el foro derecha.

FOL.—(Con naturalidad.) Las copias de los dos escritos y la minuta del expediente.

DIS.—Bien.

FOL.—¿Se archiva?

DIS.—Sí. Con nota en el índice de los reservados, ¿eh?...

FOL.—Ya, ya.

DIS.—(Que fué a la mesa y empezó a abrir su correo haciendo anotaciones con lápiz, observando que Foljambe sigue allí.) ¿Quiere usted algo, Foljambe?

FOL.—Si no le causa gran molestia.

DIS.—Ninguna.

FOL.—Tengo el honor de servirle hace algún tiempo.

DIS.—Un año cerca, y le estoy muy agradecido a quien me lo recomendó porque no exageraba ponderándome los méritos de usted.

FOL.—Muchas gracias, pero de eso precisamente quiero entretenerle un instante. Al entrar a sus órdenes pasaron por mi mano una porción de asuntos importantes, y ahora casi me reduzco a copias de trámite.

DIS.—Habrá sido la casualidad en el reparto de secretaría.

FOL.—Es muy verosímil, pero por si acaso fuera algo más, como estos cargos requieren la confianza absoluta de los jefes, yo pongo mi puesto a la disposición del señor ministro.

DIS.—No tiene usted razón para tanta susceptibilidad, y el hecho mismo de su presencia, tan inmediata a mí, pudiendo entrar y salir en mi despacho particular en todo momento, le demuestra a usted lo contrario. Por consecuencia, si no hay otro motivo...

FOL.—No, señor, no.

DIS.—Tranquilice usted sus escrúpulos, y, ya que le agradan los trabajos difíciles, voy a encomendarle uno de gran trascendencia.

FOL.—Encantado, señor ministro.

DIS.—(Desdoblando un mapa.) Hay una memoria de la secretaría de Indias en que proponen la fortificación del golfo de Adem... (Buscando.) Adén... Adén...

FOL.—(Sin titubear.) Aquí.

DIS.—¡Domina usted bien el mapa...!

FOL.—Soy aficionado a los viajes de imaginación para desquitarme de la vida sedentaria de oficina.

DIS.—Bien hecho. Adén... ¡Debe ser un clima del diablo!

FOL.—Duro, sí, señor, pero tendremos que irnos aclimatando porque toda aquella región adquirirá pronto un interés comercial enorme.

DIS.—¿Enorme?

FOL.—Claro. Con el Canal...

DIS.—Es posible, sí... Estudie esto.

Dichos: Carlos, por foro derecha.

CAR.—Despachos del Cairo.

DIS.—(Leyéndolos.) ¡Buen día nos espera hoy! Almuerzo para inaugurar el Ateneo escolar... y discursito sobre literatura; un té en la Geográfica, presentación de dos exploradores... y no escaparemos tampoco de discurso. Por la noche, comida en la Embajada de Francia, buen embajador y buen cocinero. No sé a cuál estimo más... luego al teatro y a dormir.

CAR.—Entonces hoy el trabajo...

DIS.—Ni hoy ni nunca, porque ese es el último de los errores en que debe incurrir un primer ministro. Para eso están los otros secretarios de despacho. Foljambe, llévese el mapa y el expediente.

FOL.—Le daré cuenta pronto. (*Mutis por la derecha.*)

CAR.—¿Para qué dice usted esas cosas, cuando yo sé muy de sobra que le dan las cuatro y las cinco de la madrugada trabajando?

DIS.—Pues, las digo... para que las repitan, para que me crean poco enterado y vengan a tratar los asuntos conmigo en la seguridad que pueden engañarme fácilmente.

CAR.—No está mal...

DIS.—No. ¿Te fijaste con qué disimulo leía Foljambe los despachos del Cairo?

CAR.—¡Si no es por usted, hubiera yo brincado!

DIS.—Tú, sí, pero yo me pregunto ¿por qué brincaría éste, y por qué disimularía el otro? Cuando le puse tan cerca los despachos, ¿para qué había de ser si no para que los leyera?

CAR.—(*Riendo.*) Perdone, Disraeli...

DIS.—Y convéncete, muchacho: en el mundo, la mayor tontería es la de creer que hay tontos.

CAR.—¡No acabo de aprender!

DIS.—Llevas pocos días en el oficio, y el oficio tiene muchos recovecos.

Dichos: Mayer, por foro derecha.

MAY.—¿Se puede?

DIS.—Buenos días, Mayer. El vizconde de Dunél, mi secretario y amigo: Hugo Mayer, la firma personal más respetable, y cuando pone la antefirma: por la Banca Mayer, Struz y Compañía, la más poderosa del mundo y la dueña del mercado financiero.

MAY.—Algo representamos, sí, pero hay otras casas tan fuertes como la nuestra.

DIS.—Yo no las conozco.

MAY.—Yo tampoco. Pero de eso a negarlo...

DIS.—No sabiendo quién es, pasaríamos a su lado tranquilamente y sin sospechar que cruzaba uno con el mayor potentado de la Tierra.

MAY.—No tanto. ¡Y si viera usted qué poco mérito supone el tener dinero, cuando no se tiene más que eso! El solo se fecundiza y se propaga. Con cinco guineas se hacen pronto cinco millones.

DIS.—Pues, yo le daré las cinco guineas y usted se encarga de los cinco millones. Aunque sean cuatro, Mayer: guárdese uno de comisión.

MAY.—Y aún de los primeros miles podemos decir que se ganan a pulso, pero luego ya no hay que molestarse ni en buscarlos, que ellos solos vienen a guardarse en nuestras cajas.

DIS.—¡Es admirable la inteligencia del dinero! Lo he reconocido siempre. Bueno. Vamos a nuestro asunto.

MAY.—Arreglado como usted desea, y la casa pone desde luego a su disposición, y a la del Gobierno, los cinco millones de libras.

DIS.—Quizás necesitemos seis.

MAY.—Es igual.

DIS.—¿Qué es igual?

MAY.—Sí, señor.

DIS.—¿Oyes, Carlos? Que es igual, que no tiene importancia, que lo mismo da un millonaje de libras esterlinas más o menos.

CAR.—Lo he oído, sí.

DIS.—Yo también, pero no acaba de entrarme fácilmente esa igualdad. Llame a Foljambe, ¿quiere? (*Mutis Carlos por la derecha.*)

MAY.—Dos millones están ya situados en Londres, y el resto lo remitirá en barras de oro la casa matriz de Francfort.

DIS.—Perfectamente. Ya sabe usted que se destinan a obras públicas.

MAY.—¿No es para lo que convinimos?

DIS.—Oficialmente, no. Es preciso justificar la presencia de usted, que no

puede pasar inadvertida, y lo de las obras públicas es una explicación como otra cualquiera.

MAY.—No había por que prevenirme. En público, no me asombro de nada, no pregunto por nada, y me lo creo todo simplicísimamente.

DIS.—En cambio, a solas, es usted duro de roer.

MAY.—Es que entonces las palabras van directas al bolsillo, y eso es muy serio.

DIS.—¿Serio? Sagrado, Mayer, sagrado.

MAY.—Soy también de esa opinión.

Dichos: Carlos y Foljambe, por la derecha.

DIS.—¿Usted tiene el expediente para el drenaje de Londres? Pues, haga una nota para el señor Mayer, y después estúdieme la fórmula para ir directamente a la adjudicación de las obras sin necesidad de concurso.

FOL.—Muy bien.

MAY.—Es un proyecto que ha interesado grandemente a nuestra casa, y vamos a darlo a examen de los ingenieros.

CAR.—¡Qué lástima!

MAY.—¿Lo deseaba usted?

CAR.—Yo no, pero al oírles hablar de esa cascada de millones me forjé la ilusión de que serían para realizar la obra grandiosa, la de comprar el Canal de Suez, y eso era...

MAY.—(Secamente.) Nadie me habló de tal cosa.

DIS.—¿Y de dónde ha salido semejante disparate? ¿Son ustedes, los Pares y los Lores, los que van a hacerle a Inglaterra ese regalo? Pues, no sé yo quién se lo agradecerá, porque como negocio es un desastre, y como falta, maldita la falta que nos hace el dichoso Canal.

CAR.—Yo había oído. (Avergonzado.)

DIS.—¿En el Club? Pues, allí sigan ustedes tratándolo de sobremesa cuanto les plazca. (Cogiéndose del brazo de Mayer y llevándose.) En el caso de venirles a ustedes, el Gobierno les estimaría muchísimo que no demorasen el empezar esas obras de drenaje y de alcantarillado, que serán de una utilidad enorme.

CAR.—(Acercándose tímidamente.) Disraeli...

DIS.—Perdone, que a mí me importa ahora bastante más hablar con el señor Mayer. (A Mayer.) Con eso resolveríamos definitivamente la cuestión de higiene y salubridad pública, que hoy nos preocupa de un modo extraordinario.

MAY.—Con razón.

DIS.—Y si ustedes creyeran que alguna cláusula debiera modificarse o suprimirse... (Mutis los dos por el foro izquierda.)

Carlos, Foljambe.

FOL.—(Confidencial.) Tenía usted razón al sospechar que éste no es el verdadero motivo de la venida de Mayer.

CAR.—Yo no sospecho nada.

FOL.—El proyecto no alcanza a las quinientas mil libras... ¡figúrese usted, si por eso iba a venir el jefe de la casa de Banca más poderosa de Europa. En cambio, por lo que usted ha dicho, ya es más verosímil.

CAR.—Lo mío fué una gana de hablar intempestiva.

FOL.—Entre nosotros, tan adictos, no hay por que hacer misterios.

CAR.—Es que no lo hay.

FOL.—¿Pero lo del Canal lo intentan, verdad?

CAR.—No hay nada de eso.

FOL.—Para disimular es un poco tarde, amigo vizconde.

CAR.—Le repito a usted que no hay nada.

FOL.—Usted se quedó cortado como un colegial... el ministro contestó con una aspereza, que no es muy frecuente en sus modales... ¿y no hay nada? Si tiene usted interés en que me lo crea, le complaceré.

CAR.—Haga usted lo que guste.

Dichos: Clarisa y Agata, por el foro derecha.

(Foljambe se inclina saludando, luego va a la mesa a dejar los papeles, escribe unas palabras rápidamente, hace una seña a Agata y mutis.)

CLA.—¿Venimos a mala hora?

CAR.—Siempre es buena la de venir ustedes.

CLA.—Le había prometido acompañarle una mañana para ver el despacho particular de nuestro gran Disraeli.

AGA.—Y vengo en peregrinación, no en visita.

CAR.—Pues, mfrelo.

AGA.—Y, además, traía la curiosidad de convencerme por mí misma de que usted trabaja.

CAR.—Por lo menos estoy aquí muchas horas.

AGA.—Sólo que esperaba encontrarle de manguitos y gorro de borla, como buen oficinista.

CAR.—No son absolutamente necesarios...

AGA.—¿Sería muy indiscreto el sentarme un minuto en el sillón de nuestro admirado amigo?

CAR.—Nada.

AGA.—Es para darme tono contándolo... *(Se sienta.)*

CLA.—Tiene una ilusión de chiquilla por verse aquí un momento, y no me dejaba en páz recordándome mi promesa.

CAR.—Pues, ya la realizó.

AGA.—¿Todo esto es de hoy?

CAR.—La correspondencia que viene con indicación de reservada. La demás, unos cuantos montones como ese, la abren directamente los secretarios y dan cuenta en un par de líneas.

AGA.—Ya ha de haber cosas interesantes...

CAR.—Algunas...

AGA.—No digo en esto personal sino en lo que llaman secretos de Estado.

CAR.—También.

AGA.—Y usted debe considerar como una distinción honrosísima el verse iniciado en ellos.

CAR.—No lo estoy.

AGA.—¿No lee usted las comunicaciones oficiales?

CAR.—Sí, muchas, pero no tienen sentido para mí, porque me falta la clave, no de la materialidad de las palabras sino del asunto principal a que aluden.

AGA.—Se hace usted el modesto, y persistiendo en esas discretísimas ignorancias le espera a usted una carrera loca en el Ministerio.

CAR.—Es posible.

CLA.—*(Aparte a Carlos.)* ¿Qué te pasa, que contestas tan desabrido?

CAR.—Nada...

CLA.—¿Te contrarió que viniéramos?

CAR.—No.

CLA.—¿Y entonces?

CAR.—Disraeli se ha incomodado conmigo.

CLA.—*(Llevándose hacia el foro.)* ¿Por qué? ¡Habla! ¡Di!

CAR.—Ya te explicaré.

CLA.—No puede ser que continúe su enojo. Aunque no tuviera razón, no puede ser, Carlos.

CAR.—Además, la tiene.

CLA.—¿Qué has dicho? ¿Qué has hecho? *(Y hablando con animación desaparecen por el foro derecha.)*

Agata, Foljambe.

AGA.—Estos enamorados se olvidan inmediatamente de que hay alguien más

que ellos por el mundo... ¡Qué egoístas son... y que útiles! (Saca el papelito de la carpeta, lo lee y se lo guarda en el pecho. Escucha, y, al no oír las voces, sonríe, y con una plegadera da un golpe solo y después, con un breve espacio, tres seguidos, pero suaves. A esta señal, se presenta Foljambe rápidamente por la derecha.)

FOL.—¿Has leído?

AGA.—(Que se levanta.) Sí.

FOL.—Canal de Suez.

AGA.—¿Seguro?

FOL.—Seguro.

AGA.—Lo que sospechaban de allá.

FOL.—Exacto. Negocio con Banca Mayer.

AGA.—Es preciso que salgas inmediatamente para el Cairo.

FOL.—¿Y dejar esto?

AGA.—Ya no importa.

FOL.—Bien. ¿Cuándo?

AGA.—Ahora mismo. Primer tren.

FOL.—Qué instrucciones.

AGA.—En Trieste.

FOL.—En Trieste. ¿Por dónde?

AGA.—Vía Ostende.

FOL.—Ostende. Bien.

Dichos: Disraeli, un poco antes, por el foro derecha.

DIS.—(Que ha oído las últimas palabras, mira rápido, pero inmediatamente se domina dirigiéndose a Agata.) Qué grata sorpresa...

FOL.—Ahí le he dejado la nota.

DIS.—Bueno.

AGA.—Estoy con Clarisa.

DIS.—¿Y su marido de usted, cuándo viene por fin? (Foljambe hace mutis por primera derecha.)

AGA.—No sé...

DIS.—¿Dónde está ahora?

AGA.—En Kalsbard, para un asunto de maderas de aquellos bosques.

DIS.—¡Los hay espléndidos!

AGA.—Eso me escribe...

DIS.—¿Y Clarisa?

AGA.—Aprovechando un momento de palique con el galán.

DIS.—(Señalando al foro.) ¿En su despacho?

AGA.—Sí. Yo me hice la desentendida para no estorbarles.

DIS.—Siempre tan piadosa.

AGA.—También yo fui novia... y agradecía estas bondades.

DIS.—Pero siéntese, Agata.

AGA.—No. Ya sé que es la hora de trabajo.

DIS.—Por un momento...

AGA.—Hoy no he venido a verle a usted, sino al santuario del gran hombre.

DIS.—(Inclinándose.) Señora...

AGA.—Y como ese afán ya queda satisfecho—e inolvidable—no quiero distraerle.

DIS.—¿Ni aguardar por Clarisa?

AGA.—Esa estimará aún más que no le acorte la charla.

DIS.—Como usted quiera.

AGA.—Hasta siempre, Disraeli. (Mutis.)

DIS.—Hasta siempre.

(Disraeli, volviendo de la puerta, va a la mesa, se sienta y juega distraído con el corta-papeles.)

DIS.—¿Ostende? ¿Ostende? ¿Qué diablos tramarán éstos por Ostende...? (Y

maquinalmente da los mismos golpes que antes dió Agata, y aparece rápido Foljambe, que se corta al hallarse con Disraeli.)

FOL.—¿Lla... llamaba usted... señor ministro?

DIS.—(Que también se sorprendió.) No... (Sonriendo.) No...

FOL.—(Sonriendo.) Creí...

DIS.—Pues no...

FOL.—Entonces... (Mutis por la primera derecha.)

DIS.—Sí.

Disraeli, Clarisa y Carlos.

CLA.—(Abrazándole afectuosa.) Mal día para llevarle a almorzar con nosotros...

DIS.—No... Ahora, que quizás tarde.

CLA.—Yo le aguardaré cuanto sea preciso. (Una pausa. Cariñosa.) ¿Está usted muy contrariado?...

DIS.—Un poco....

CLA.—¿Tan grave es?...

DIS.—Figúrese... Ismael Pachá, Khedive de Egipto, se cree Ramsés el grande, aunque él no ha construído más pirámide que la de sus deudas. Su última riqueza es el Canal de Suez y sólo espera comprador. Francia, que lo construyó, no está de momento en condiciones para comprarlo. Bismarck lo desea para dominar el camino de la India, y contra eso tiene que precaverse Inglaterra con alma y vida. (Pausa.) Yo llevaba las negociaciones con el mayor sigilo, estábamos conformes en la cantidad, tenía ya el dinero... y ahora Foljambe lo sabe... lo sabrá Bismarck, la cantidad que yo ofrecí será doblada por el agente suyo... ¡y el diablo con todos para enredarlo!

CAR.—Perdón, Disraeli...

DIS.—¿Perdón? Déjeme, déjeme.

CLA.—¿Teme usted que ese hombre hable?

DIS.—Seguramente.

CLA.—¿No habría manera ninguna?...

DIS.—Quizás... haciéndole callar por fuerza.

CAR.—¡Si no es más que eso!

DIS.—¿Si no es más que eso, qué?

CAR.—Que yo respondo de que no habla. (Mutis primera derecha.)

CLA.—(Espantada.) ¿Qué irá a hacer?

DIS.—Esas cosas no se preguntan antes, ni conviene saberlas hasta después. para poder reñirle y castigarle... si salen mal.

CLA.—Es justo... puesto que es su culpa.

DIS.—Sí. (Llamando.) Terle... ¡Terle!

CLA.—¿Estorbo, Disraeli?

DIS.—No.

Dichos, Terle

TER.—(Entrando rápido.) ¿Señor?

DIS.—Que un correo de gabinete de S. M. se halle dispuesto a marchar dentro de una hora .

TER.—Estará.

DIS.—Y el jefe de policía, que tenga la bondad de venir lo antes posible.

TER.—Bien. ¿Más?

DIS.—Que cierren los puertos, no dejando salir ninguna embarcación, ni grande, ni pequeña, hasta que se reciban instrucciones del Gobierno.

TER.—Bien.

DIS.—Y en Telégrafos, que admitan todos los despachos para el extranjero, pero que no cursen ninguno, ni los que parezcan más sencillos.

TER.—Bien.

DIS.—Puede haber clays.

TER.—De fijo. ¿Más?

DIS.—No. (*Terle, mustis foro izquierda.*)

Clarisa y Disraeli.

CLA.—Trata usted de arreglarlo, ¿verdad?

DIS.—¡Claro! Yo no me doy nunca por vencido... y creo que a eso le soy deudor de que no me vencieran jamás. Ya me ví en alguna ocasión bien postergado... ¡Bien hundido!, pero no recuerdo verme nunca descorazonado. En el momento de caer, en el suelo todavía, y ya estaba pensando, no en levantarme, sino en la manera de ponerme encima de los otros.

CLA.—Así ha llegado.

DIS.—Y cuando vuelva a caer, volveré a subir, que yo no conozco más que un enemigo invencible: la tierra. Dos paletadas y se acabó una vida. Pero no siendo ese, a todos los demás les hago frente.

CLA.—Tiene usted razón.

DIS.—Lo difícil es cuando no puede uno valerse por sí mismo, como ahora... pero también lo difícil se consigue.

CLA.—Si yo pudiera valerle de algo...

DIS.—Ha de ser un hombre y que reúna muchísimas condiciones para lanzarlo con ciertas probabilidades de triunfar.

CLA.—Le sobrarán en torno suyo.

DIS.—(*Pensándolo.*) ¿Uno audaz? Sí. ¿Uno dispuesto a jugárselo todo en cada momento? Sí. ¿Uno inteligente? Sí, muchos. Pero audaz, pronto sin vacilaciones ¡a lo que sea!... y honrado. No, no lo veo.

CLA.—¿Tan escasa va la honradez?

DIS.—No, abundantísima, pero a los honrados les suele dar por comodones, y no sirven más que para ellos mismos, o por tontos, y no sirven para nadie.

CLA.—¿Y entonces?

DIS.—¡Buscar más, buscar! Y esta es una de las peleas desalentadoras del oficio de gobernar pueblos. Saber que para una indicación nuestra hay propicios siempre cien hombres... ¡mil! y entre los mil no tener confianza en uno sólo tan siquiera.

CLA.—Juzga usted bien ásperamente a la humanidad.

DIS.—Al revés, Clarisa, es la conducta de la humanidad la que nos hace a nosotros juzgarla así.

Dichos y Carlos.

CAR.—(*Entrando lento y ayes dumbreado.*) No está.

DIS.—(*Brincando de ira.*) ¿Que no está?

CAR.—Marchó del Ministerio llevándose de su armario todas sus cosas... y quizás alguna que no fuera suya.

CLA.—¿Dónde habrá ido?

DIS.—(*Sonriendo.*) Eso sí que es sencillísimo de saber. A la estación Victoria, para tomar el exprés de Ostende. Luego, a Trieste, y de allí a Alejandría. Todo eso si yo no logro antes echarle mano.

CLA.—¿Pero a Foljambe, qué le importa?...

DIS.—Foljambe es un hombre prestado y encubre al marido, al digno marido, al incontrab'e marido de nuestra queridísima amiga Agata.

CLA.—(*Espantada.*) ¿El marido de Agata?

DIS.—Y ella y él, son agentes secretos—¡¡espías!!—que estaban aquí para descubrir lo que yo guardaba tanto... y usted guardó tan poco.

CAR.—(*Confundido.*) ¡¡Disraeli...!!

CLA.—¿Usted lo sabía antes?

DIS.—Lo sabía.

CLA.—¿Y le conservaba en puesto de tal confianza?

DIS.—Precisamente por saberlo y para burlarle con noticias falsas, que él

transmitía como buenas. Y todo lo que fué armando laboriosamente la mentira, nos lo deshace ahora una verdad. ¡¡Bien!! (Abrumado.) Perdimos la partida.

CLA.—(Acariciándole.) Perdón, Disraeli...

DIS.—¡¡Malhaya sea la hora en que tuve la debilidad de confiarme a usted!!

CAR.—¡¡Disraeli!!

CLA.—Dispéñseme unos minutos, Clarisa. Voy a telegrafiar a los capitanes de puerto. (Y se pone a escribir febrilmente. Clarisa mutis por foro derecha.)

Disraeli y Carlos.

CAR.—Disraeli...

DIS.—¿Qué más quiere usted?

CAR.—Suplicarle rendidamente que me dispense, por que ahora comprendo bien la trascendencia de mi torpeza.

DIS.—¿Y qué adelanto yo con que usted la comprenda ahora? Antes, antes.

CAR.—Repare usted en que no tuve la menor intención...

DIS.—¡Pues haberla tenido! Y para otra vez sea usted pillastre y granuja y malvado, si le conviene, pero no sea usted torpe, que eso nos hace daño a todos.

CAR.—Estoy suplicando, señor Disraeli.

DIS.—¿Y qué?

CAR.—Y que cuando se reconoce noblemente un error y se deplora con toda el alma, no es adecuado el responder despreciativo.

DIS.—¿No...?

CAR.—¡No! Y hay que mirar un poco también la calidad del que se humilla, que un vizconde Dunél no tiene por costumbre dar explicaciones... ni aún comprendiendo que ha faltado.

DIS.—(Riendo.) ¿Vizconde?

CAR.—Sí.

DIS.—¿Qué más?

CAR.—(Sorprendido.) ¿Qué más?...

DIS.—Porque eso aún es poco. Usted es vizconde... pero yo hago vizcondes cuando quiero, y alguna vez, como Dios, los hice de la nada.

CAR.—Esos no son iguales a mí.

DIS.—¿Qué les falta?

CAR.—Los tres siglos de mi raza.

DIS.—¿Tiempo? Ya lo tendrán. Eso es seguro... Los hay que prosperan, los hay que se arruinan, que se encanallan y se envilecen, pero no hay ninguno a quien con el tiempo no se le haga rancia la nobleza de su título.

CAR.—Aún después, la mía será siempre de mucho antes.

DIS.—Pues vamos con la suya. Usted será marqués... porque lo es su padre. Será rico... por que lo es su padre, y tendrá una posición social, por que la tiene su padre. Pero todo eso mañana, hoy no. Y aguardándola cruzado de brazos, sin un esfuerzo personal y sin hacer nada para ganarla, es usted de los que merecen el letrero. "Vizconde de Dunél... Se admiten herencias".

CAR.—¡Me ofende usted, Disraeli!

DIS.—Puede ser... pero si no hace usted más que ofenderse, y no enmendarse, créame usted que es bien poca cosa el no sacar de toda una raza más que el orgullo y el amor propio.

CAR.—Basta ya, que no tengo por qué tolerarle a usted tanto insulto.

DIS.—¡Eso si que es gracioso! Me causa a mí, causa a la nación un gravísimo perjuicio... y no permite una censura ni una palabra áspera.

CAR.—No. En esos términos, no.

DIS.—Pues escoja usted los que puedo emplear...

CAR.—Ninguno ya. Y si no me detuviera la consideración de la edad de usted, otra habría sido ya mi respuesta.

DIS.—(Riendo.) ¡Es usted admirable, Dunel, admirable! ¿Pero usted cree de veras que con mis años, o con la mitad, y siendo el primer ministro, iba a

desafiarme y a tener una cuestión personal con quien cometió una falta en la secretaría del Ministerio? No, hombre, no. Le perdono a usted, porque estoy firmemente persuadido de que no hubo propósito de hacer daño, pero de tomar alguna medida con usted sería la de mandarle a la cárcel.

CAR.—¡¡Disraeli!! (*Alzando la voz desde aquí.*)

DIS.—Los espías no hacen otra cosa más que lo que usted hizo. Aprovecharse de lo que oyen y decirlo.

CAR.—¡¡Disraeli!!

DIS.—Ya lo sabe usted.

CAR.—¡No, eso, no! Y usted se desdice ahora mismo de tal injuria, o...

DIS.—¿O qué?

CAR.—¡¡O me vuelvo loco, Disraeli!!

Dichos. Clarisa por foro derecha. Terle, por foro derecha. A un tiempo.

TER.—(*Rápido.*) ¿Señor?

DIS.—(*Tranquilo siempre.*) ¿Qué hay, amigo Terle?

TER.—¿Llamaba usted?

DIS.—No. Hablé fuerte... o hablamos fuerte... Señal de que no tenía importancia lo que hablábamos.

TER.—Entonces...

DIS.—Puede retirarse, sí... pero gracias, amigo Terle.

TER.—Bien, bien... (*Mutis.*)

CLA.—(*Que se quedó inmóvil, observando inquieta.*) ¿Qué pasa?

CAR.—Que ya estoy harto de sufrir vejaciones.

CLA.—¿Te riñe?

CAR.—Como a un lacayo.

CLA.—Pero tú has cometido una torpeza muy grande...

CAR.—Ya lo reconocí... y a un caballero no se le puede exigir más.

DIS.—¿Qué le parece a usted, Clarisa? Nos entorpece un asunto nacional: por buen componer, si es que se compone, costará una millonada más: nuestra soberana está a punto de quedarse sin la corona de emperatriz ¡tan codiciada!... e Inglaterra se ve con la amenaza de perder sus colonias de la India... ¡pero el descendiente de veintidós marqueses ya reconoció su culpa...! ¿y a tal caballero, quién le exige más?...

CAR.—¡Humillarme, no!

CLA.—¿Y quién te ha dicho que sea humillación el enmendar una falta? Si no ganas sueldo ni jornal, no puede nadie suponer que defiendas tu negocio, y en esas condiciones, cuanto más títulos nobiliarios figuren en tu línea, cuanto más soberbia sea tu casta, y cuanto más engreído te sientas tú por ella, tanto más obligado vienes a dar ejemplo de prudencia, y en donde yerres, a enmendarlo.

DIS.—Le pide usted mucho. La nobleza de hoy se contenta con vivir del crédito de la nobleza de ayer y les parece que ya es bastante esfuerzo para toda una raza el que alguno de los suyos haya peleado en otros tiempos.

CAR.—¡No, en mí no es eso! ¿Pero yo, qué voy a hacer?

DIS.—Y no saben qué hacer. Estos bisnietos aún están cansados de lo mucho que se fatigó el trigésimo bisabuelo...

CAR.—Conmigo se engaña usted, ¡lo juro!

CLA.—Pues respóndeme. ¿No sabes qué hacer... o no quieres saberlo? Estás pronto al sacrificio que requiera el deshacer lo mal hecho... o prefieres salir del paso con un dispense mezquino y altanero?

CAR.—¿Tú también dudas de mí?

CLA.—Pues hazme creer, que lo deseo bien y de todo corazón.

CAR.—Manda.

CLA.—No. Voluntariamente.

CAR.—Dilo.

CLA.—Disraeli necesita un hombre de absoluta confianza.

CAR.—(*Triste.*) Disraeli no querrá de mí...

CLA.—Contéstele usted.

DIS.—Aún no estoy bien enterado. Hablen ustedes, hablen.

CAR.—Si basta la voluntad, la perseverancia y el honor puesto en ello, yo soy ese hombre.

CLA.—¿Basta, verdad?

DIS.—En el lejano Oriente la vida vale poco y no reparan mucho en suprimir a los que estorban.

CAR.—¡Eso también lo ofrezco!

CLA.—(*Suplicando, casi arrodillada.*) ¡Disraeli!

DIS.—(*Sonriendo.*) ¿Te importa muy de veras?

CLA.—Si alguien pondrá su alma en este asunto será él, porque a un tiempo es triunfar y rehabilitarse.

DIS.—Quizás. Por ti hará la última prueba. (*A Carlos.*) A las ocho recibirá usted mis instrucciones.

CAR.—(*Besándole la mano.*) ¡Gracias, gracias!

DIS.—A las nueve partirá sin que nadie sepa para dónde.

CAR.—¡Lo juro!

DIS.—Marche, pues.

CLA.—Déle la mano, Disraeli...

CAR.—Yo la ganaré primero.

DIS.—(*Sonriendo.*) ¿La ganarás? Ven acá, chiquillo, ven... y aprende un poco del viejo. Eres franco, eres leal y eres trabajador: tres magníficas cualidades, pero con otra que las echa a perder todas.

CAR.—Soy torpe.

DIS.—Peor.

CAR.—¿Incapaz en absoluto?

DIS.—Peor aún. Eres bueno.

CLA.—¡Disraeli!

CAR.—¡No me recrimine usted por lo único que vale en mí!

DIS.—Si fuera sólo para ti, ¡bien lo ensalzaba!, pero la amplías a todos, piensas que todos son buenos, por la razón de serlo tú... ¡y eso es deplorable!

CLA.—No le descorazone usted...

DIS.—Pues, le conviene aprenderlo. El que vive en el círculo estrecho de sus amistades puede darse el lujo de suponer a la humanidad colmada de virtudes, pero los que han de pelear con las codicias de los hombres, y lo que es peor todavía con las codicias de los pueblos, si no recelan... antes de que les hablen, y si no se defienden... antes de que los ataquen, cuando se ven atacados ya es tarde para defenderse.

CLA.—¡Es bien triste!

DIS.—Sí... pero no dan a escoger. ¿Crees tú que a mí no me repugna muchas veces el mentir? Y, sin embargo, miento. Como hombre, puedo pensar lo que me da la gana y dolerme de las falsedades, incluso de las mías, pero como gobernante no tengo derecho a entenercerme... ¡me está prohibido! y si para la conveniencia de mi Patria es menester que se arruine alguno o que muera alguno, a mí no me queda más que retorcerme el corazón y decir impávido: que se arruine... que muera.

CAR.—Es verdad.

CLA.—No le envidio.

DIS.—La gente piensa. ¡Gobernante! da destinos, manda, lleva uniforme, la tropa le rinde honores... pero no piensa: de cada dos que pretenden uno queda por enemigo sin que el otro se haga mejor amigo: le llaman intrigante y venal, cuando no precisan más y le llaman ladrón: y aún queriendo ir por el camino de los adelantos es tremendo el saber ya que cuando intentas marchar de prisa te ha de salir al paso una docena de patizambos gritando enfurecidos, que es una temeridad el andar tanto y tan ligero.

CLA.—Tiene usted razón. No hay quien haga justicia.

DIS.—Sí, el verdugo. Pero no es para desearlo.

CAR.—No.

DIS.—Ya lo sabes, pues, desconfía de todos. Y no olvides, por ti, que en la India la vida vale poco.

CAR.—Y yo que le creía a usted tan frío y tan escéptico.

DIS.—Es que con vosotros, me quité un momento la careta.

CLA.—Ya puede usted, que le queremos bien.

CAR.—Le reverenciamos, Disraeli, que es usted un triunfador.

CLA.—¡Un genio!

CAR.—¡Un Dios!

DIS.—Un hombre de buena voluntad, pero ya es algo por la tierra. (Telón.)

ACTO TERCERO

Un salón en la casa de campo de Disraeli. Una mesa grande. Es por la mañana, a fines de Septiembre.

Clarisa y Mary.

CLA.—No se fatigue Mary, que eso ya lo puedo hacer muy bien yo.

MARY.—Claro que sí, pero tengo una gran satisfacción en arreglar personalmente la mesa de mi marido... y me formo un poco la ilusión de que nadie coloca los papeles ni corta las plumas tan cuidadosamente como yo. Una bobada, ya lo sé... que me da ilusión, y creo que él lo agradece.

CLA.—Por fuerza.

MARY.—A pesar de la intimidad, que tantas cosas empequeñece, yo sigo admirándole.

CLA.—Es el primer hombre de Inglaterra.

MARY.—¿De Inglaterra?

CLA.—Bueno, del mundo. (Riendo.)

MARY.—Te ríes de mí... ya lo veo... y tienes muchísima razón, pero no lo puedo remediar. ¡Creo eso! y si me callo delante de extraños es solamente porque no digan que son los suyos quienes le alaban.

CLA.—Conmigo ya puede usted explayarse, que en esa creencia de su mérito estoy muy de acuerdo.

MARY.—Tú eres como de casa.

CLA.—Ya lo puede usted decir—y hasta con retintín—porque cuando no me convidan vengo yo a preguntar si se les olvidó mandarme la invitación.

MARY.—Por nuestro gusto, vivirías aquí...

CLA.—(Riendo.) Poco falta...

MARY.—En cambio, otras... las recibo, porque sus razones tendrá para invitarlas, ¡pero no me pasan de los dientes!

CLA.—¿Esa Agata viene hoy a almorzar?

MARY.—Sí.

CLA.—Yo tampoco la trataría, ¡pero Disraeli me suplicó que no variase de conducta con ella! y hay que obedecerle, que nosotras no somos las llamadas a contrariar sus planes.

MARY.—¡No! Y deben irle bien, porque en estos últimos días está contento.

CLA.—No lo he notado...

MARY.—Porque no le conoces como yo. Cuando tiene preocupaciones muy serias, contesta en tono amabilísimo y de acuerdo contigo... para no verse obli-

gado a discutir nada y seguir pensando únicamente en lo que le preocupa. Pero cuando las cosas van a su gusto, entonces te contradice, te busca pelea en la conversación y se complace defendiendo las mayores nimiedades. Es como si el espíritu le dijera, me llevas demasiado alto y demasiado tiempo... ¡descansemos un poco a ras de tierra!

CLA.—Pues, ayer me hizo rabiarse dos veces.

MARY.—Y a mí, una. ¡Tres rabietas en un día! Deben irle maravillosos los asuntos!

CLA.—¡Ojalá!

Dichos: Disraeli, por la derecha.

DIS.—(Con un traje de campo y grandes botas de color.) Buenos días.

CLA.—¿Se amaneció temprano?

DIS.—No sé ya lo que anduve. Salí con el perro, nos pusimos de conversación... y se nos fueron las horas sin sentir.

MARY.—(Que dió un codazo disimuladamente a Clarisa.) Con quien mejor para amanecer...

DIS.—Con pocos. ¿Y vosotras?

CLA.—Trabajando.

DIS.—Mal hecho. Una señorita que trabaja cuando no la ve el novio, no tiene explicación humana.

CLA.—(Que dió un codazo disimuladamente a Mary.) La culpa es de quien no me deja estar al novio cerca.

DIS.—¡Y lo que falta! Aquéllo se enreda de mal modo, y lo que estimé cuestión de un par de días se va haciendo cuestión de un par de meses.

CLA.—(Intranquila.) ¿Un par de meses?

MARY.—(Codazo a Clarisa.) Yo, siempre temí que de esto no te desembrollaras.

DIS.—Lo que más siento ahora es haber complicado a ese muchacho... ¡buen muchacho!, pero que aún no está maduro para misiones tan graves.

CLA.—(Intranquila.) ¿No se desenvuelve?

DIS.—¡No quiero incomodarme...! Lleva unas órdenes concretas, severísimas, absolutas, para un negocio trascendental ...y se entretiene en simplezas... ¡en éstas! (Tira un telegrama sobre la mesa.)

MARY.—¿Podemos verlo?

DIS.—¿Para qué? Ya te dije que es una tontería... quizá muy provechosa para sus intereses particulares, pero inútil y contraproducente para los de la Nación.

CLA.—(Humilde.) Me deja...

DIS.—Bueno...

CLA.—(Leyendo.) "Comprado en firme diez mil hectáreas magníficas cultivo remolacha." ¡Ay, Dios mío!

DIS.—(Indignado.) ¿Pero, ni siquiera sabe usted leer, señorita? ¿Ni siquiera? ¡Traiga usted acá! "Comprado en firme mayoría acciones Canal de Suez."

MARY.—(Abrazándolo.) ¡Dizzi!

CLA.—(Abrazándolo.) ¡Disraeli!

MARY.—¡Has triunfado!

CLA.—¡Triunfamos, Disraeli!

DIS.—Sí, os podéis casar. (A Mary.) Mira la clave y confronta.

CLA.—¿Y cuándo viene?

DIS.—(Dándole otro telegrama.) "Salgo vapor "Veloz I", llegaré martes madrugada."

CLA.—Tres días.

DIS.—Dentro de tres días. (Deja los telegramas y la clave sobre la mesa.) Y de esto ni una palabra, ¡eh! Es justo que lo sepáis vosotras, que sois como yo mismo, pero aún falta un detalle para estar realizado, y mientras, el silencio más absoluto,

MARY.—¡Qué dichosa soy, Dizzi!

CLA.—¡Y yo!

DIS.—Algo es hacer dichosos a los que nos rodean...

CLA.—El nombre de usted irá unido siempre al de nuestras Colonias...

DIS.—¿Y a cuento de qué hablará esta chiquilla de las Colonias y de mi nombre, cuando yo le estoy diciendo con grandísima alegría que mis pavos reales están gordos y lucidos?

MARY.—(*Codazo a Clarisa.*) Puedes tener el orgullo de que no los hay más hermosos.

DIS.—Eso creo con muchísima razón. ¡Y feliz el hombre que en la paz de su casa lo realiza! Cuando los veo extender sus plumas... ¡cómo se extienden, Clarisa!... y brillar sus mil colores... ¡cómo brillan, Mary!... pensando que yo los cuido y que por mí se afianza su majestuosa belleza, no puedo sustraerme a un poco de vanidad, y me digo con júbilo: has hecho algo por tu patria, Disraeli. ¡Inglaterra tiene hoy los mejores pavos reales que hay en el mundo!

MARY.—¡Es verdad!

CLA.—¡Enhorabuena!

DIS.—La acepto.

Dichos: Terle, por la derecha, luego Carlos, por la derecha.

TER.—Señor presidente... el señor vizconde de Dunél.

CLA.—¡Carlos!

DIS.—Eso parece. (*A Terle.*) Que pase. (*Mutis Terle.*)

CLA.—¿Pero, usted no decía que aún tardaba tres fechas?

DIS.—¿Y tú, para qué haces caso nunca de lo que yo digo?

CLA.—Me va bien así.

DIS.—Pues, sigue.

CAR.—(*Entrando.*) ¡Disraeli!

DIS.—¡A mis brazos! Saluda a Mary. Y ahora, oye Mary. Y vosotros, saludaos como si estuviérais solos. (*Una pausa, fingiendo que habla con Mary.*) ¿Está?

CLA.—(*Riendo.*) Sí.

DIS.—Pues, luego seguiréis. Perdonadnos un momento. (*Mutis Clarisa y Mary, por la izquierda.*)

Disraeli y Carlos.

CAR.—Hecho.

DIS.—¿Precio?

CAR.—Sobre lo convenido, doscientas mil libras de prima.

DIS.—Mucho peor creí que saldríamos.

CAR.—Pero en eso de los intermediarios me llamé a la parte. Cincuenta mil para mí.

DIS.—Mejor.

CAR.—Y ahí tiene usted el cheque.

DIS.—Son tuyas.

CAR.—¿En eso, me hace usted el honor de no insistir, verdad?

DIS.—(*Recogiéndolo.*) No.

CAR.—Gracias. y aquí está el duplicado del convenio.

DIS.—¿Así lo traes?

CAR.—Ahora... por el camino, en el pecho y atado.

DIS.—No está mal.

CAR.—A bordo he comido de las provisiones que comprara, por si acaso me seguían y mezclaban algún narcótico.

DIS.—Bien...

CAR.—Dormí sobre cubierta, en un banco, para tener siempre alguien de la tripulación al alcance de mi voz.

DIS.—Bien...

CAR.—Para el pago han admitido el girar contra la Banca Mayer, a condi-

ción de que se haga efectivo en el acto, pues, de lo contrario, se consideraría anulado el convenio.

DIS.—¿A qué fecha?

CAR.—Diez días después de mi llegada a Londres, en que estoy obligado a poner un cable de aviso.

DIS.—Perfectamente. Hay tiempo.

CAR.—Más lo pudo haber, que debí llegar anoche, pero su emisario de usted me hizo dar rodeos, y perdí siete horas.

DIS.—(Enseñándole el telegrama.) Al contrario, has ganado dos días y medio.

CAR.—¡Ese telegrama no es mío!

DIS.—No, mío. Aunque el tuyo venía en cifra, y además con palabras conve-
nidas, por si acaso y a todo evento, hice poner este otro para que te aguardaran
en esta fecha y en este vapor.

CAR.—Bien estuvo.

DIS.—S. M. la Reina sabrá hoy mismo lo que te debe la Nación.

CAR.—(Inclinándose.) ¡Disraeli!

DIS.—Estoy contento de ti... Anda, pues, a ver si tú quedas contento de ella.

CAR.—¡Ojalá! (Mutis por la izquierda.)

DIS.—(Gozoso.) La hora se acerca... pero aún hay que apretar unos torni-
llos. Se apretarán ¡se apretarán!

Disraeli. Potter, por la derecha.

POT.—¿Da usted su permiso, don Benjamín?

DIS.—Pasa, hombre.

POT.—¿Cómo está el señor?

DIS.—Muy bien.

POT.—¿Muy bien? ¡Pero el periódico dice que muy mal!

DIS.—No lo recordaba. Sí, muy mal, querido Potter... el periódico tiene ra-
zón... ¡bueno, siempre tienen razón los periódicos! Pero como hoy me encuentro
mejor, ya me lancé a decir que muy bien.

POT.—¿Y qué tiene el señor?

DIS.—Fatigas, ahogos... Y luego, reuma ¡que me balda! Por eso tuve que
recluírme unas semanas en el campo, que los médicos me prohibieron todo tra-
bajo.

POT.—¡Claro!

DIS.—Los de Londres siguen acudiendo y también el doctor de aquí vino ya
a ofrecerse.

POT.—Muy amable.

DIS.—Y volverá.

POT.—Muy expuesto.

DIS.—Quizá, quizá...

POT.—Deben creerle a usted muy medianillo de salud, porque los papeles in-
dican ya un nombre para sucederle a usted en la Presidencia.

DIS.—Ya sé quién lo indica.

POT.—¿Quién?

DIS.—El interesado.

POT.—Es al que le corre más prisa.

DIS.—Seguramente. ¿Qué hay, querido Potter?

POT.—Pues, hay que, sin alabarme demasiado, yo puedo pasar por un buen
jardinero.

DIS.—Excelente.

POT.—Creo que el jardín de los señores se puede mirar.

DIS.—Primoroso.

POT.—¡Pero lo triste es que no puedo hacer cuanto quisiera!

DIS.—Como yo, entonces. Soy un buen novelista—también sin alabarme de-

masiado—que muchas veces me ensalzaron los críticos y se vendían bien mis obras... ¡pues, hace tres años que no hay manera de escribir ni un capítulo!

POT.—¡Es que yo estoy desesperado, señor!

DIS.—Yo también, Potter. ¡Pero esa maldita política me absorbe!

POT.—¡Esos malditos pavos reales no me dejan un macizo!

DIS.—Paciencia...

POT.—No dejan una pradera ni una flor.

DIS.—Paciencia...

POT.—¿Por qué no los encerramos, don Benjamín?

DIS.—Porque no se debe encerrar a nadie. Libertad, Potter, libertad. Hay que ser liberal.

POT.—Eso, bueno, que yo también estoy con los liberales.

DIS.—No, no, estar con ellos es otra cosa. Con los liberales no se puede estar siendo liberal, porque le toman a uno muchísimo miedo. Los liberales no podemos estar más que en el partido conservador, que es el único que no se asusta de las libertades.

POT.—¡También es desgracia!

DIS.—Enorme.

POT.—¡Y lo que nos fastidian con eso!

DIS.—Calcula por nosotros. A ti te estropean un jardín, y a mí me estropearon un partido.

POT.—No sé quién perdió más.

DIS.—Puede que tú. Pero desengáñate, Potter. Tú, a los pavos, y yo, a los liberales, no tenemos más remedio que dejarlos: yo, para seguir siendo liberal, y tú, para seguir siendo jardinero.

POT.—Si no hay más remedio, lo que usted dijo, paciencia.

DIS.—Paciencia.

POT.—Bueno, bueno...pero no acabo de explicarme la relación entre los pavos y los liberales.

DIS.—Porque eso ya no es de jardinería.

POT.—¿No?

DIS.—No. Más bien puede que sea problema de alimentación, de quien se come a quien.

POT.—Pues, entonces, yo me decido resueltamente a favor de los... a favor de los...

DIS.—A favor de quienes, Potter?

POT.—Lo voy a pensar, don Benjamín.

DIS.—(Riendo.) Ve.

POT.—Con su permiso. (*Mutis por la derecha.*)

Disraeli. Terle, por la derecha.

TER.—Señor presidente...

DIS.—Hola, Terle.

TER.—Está ahí el médico.

DIS.—Dile que me dispense, porque hoy no me encuentro bien...

TER.—Se lo diré. Le traje al señor Probert... quería disculparse con ocupaciones urgentes, pero le dije que era orden terminante de traerle, incluso a la fuerza.

DIS.—Que aguarde, y si se impacienta, le dices que no llamé al amigo sino al funcionario, al director del Banco, y que será recibido cuando al Gobierno le convenga.

TER.—Bien.

DIS.—¿Avisaste a Hugo Mayer?

TER.—Ahí espera.

DIS.—Que entre. ¿Y los decretos?

TER.—Extendidos y para la firma. (*Hace seña a Mayer, y mutis por la derecha.*)

Disraeli, Mayer, por la derecha.

DIS.—Querido Mayer... ¡tener que mandar a buscarle!

MAY.—Estoy avergonzado, Disraeli... y me da ira presentarme ante usted.

DIS.—Mal hecho. Cuando no tenemos que reprocharnos bellaquería ninguna, se puede sentir todo y experimentar todo, pero avergonzarse, no.

MAY.—Esto está muy bien en el orden personal, pero en las relaciones bancarias, no hay más honradez que la de cumplir inmediatamente los compromisos, que la única razón es la de pagar, y todas las demás razones son pretextos.

DIS.—Siendo fundadas y respetables...

MAY.—Ni siéndolo. Una firma comercial no tiene valor sino por indiscutible... y en cuanto se la discute ¡al diablo la firma, y al diablo la Banca y la fortuna!

DIS.—Por hablillas no se va a hundir una casa cuando la gantúa es sólida y más que suficiente.

MAY.—Igual se hunde, igual, que el crédito es como las mujeres, que hasta las honradas se deshonoran con la murmuración.

DIS.—Discurre usted muy en pesimista.

MAY.—¡Es que usted no sabe...!

DIS.—Sé, Mayer, sé.

MAY.—Por primera vez en siglos—en siglos, ¡Disraeli!—no podrá saldar un vencimiento la casa más antigua y más fuerte de Europa. ¡Desde que el honorable Samuel Mayer—a quien Dios tenga en la merecida gloria!—fundó la razón social en una humilde covachuela de Francfort, hasta hoy que tenemos palacios y los príncipes nos sientan a su mesa... por primera vez no haremos honor a nuestra firma, se devolverá un cheque por no haber provisión de fondos, y conoceremos el espantoso declive que empieza en una letra protestada y termina en la bancarrota y en la ruina.

DIS.—Aún no estamos tan al final.

MAY.—Al principio, ya lo dije. Eso, nosotros y usted, que se ha fiado de nuestra seriedad, al ver que los plazos vencen, que el dinero no se deposita y que el negocio se deshace por nuestra culpa... ¡maldecirá la hora en que se le ocurrió llamarnos!

DIS.—Antes de nada, conviene que sepa usted dos cosas. Primera, que el Gobierno sigue reconociendo la absoluta seriedad de ustedes y conservándoles en toda su profunda estimación.

MARY.—La Casa Mayer se enorgullece de haber oído esas palabras del señor presidente, y cree en justicia merecerlas.

DIS.—Y segunda, que yo no maldigo jamás, porque me parece un desahogo pueril... aunque también reconozco que un buen juramento y una mala palabra dan extraordinario vigor a las conversaciones. Es cuestión de temperamento nada más.

MAY.—Tal creo.

DIS.—Estaba enterado de que tropezaban con dificultades, pero me conviene informarme con fijeza de cuáles son.

MAY.—Parte del dinero y el total de la garantía en barras de oro fué embarcado en Bremen y a mi consignación en Londres, según documentos que tengo en mi poder. Pero el vapor está detenido en aquel puerto y sin dejarle zarpar por mandato de las autoridades alemanas.

DIS.—¿Fundándose en qué?

MAY.—Imposible saberlo a ciencia cierta. Que hace falta completar una información... cubrir un requisito... ¡muy correctos y dando toda clase de excusas!, pero el barco no sale y el dinero no podrá llegar a tiempo.

DIS.—Qué es lo que buscan.

MAY.—Comprendí la mala fe, y en el apuro he acudido al Banco de Inglaterra, para que nos facilitase la cantidad necesaria con mi firma y con la prueba de la documentación en que consta que están ya embarcados y garantizados por dos Bancos alemanes los envíos... pero me negaron ese crédito. ¡Que aun siendo indudable mi solvencia no podían admitirme los resguardos como valores efectivos para responder de sumas tan cuantiosas! Y teniendo en esta ocasión, no ya crédito sobrado, sino la materialidad misma de su importe, cubierto excesivamente, he de faltar a mi palabra, comprometo intereses sacratísimos de la Nación y mi nombre se ha de ver en entredicho y en oprobio. ¡¡Dios de Israel, Dios!!

DIS.—Para desesperarse olvida usted algo esencial.

MAY.—¿Olvido?

DIS.—Que no ha vacilado en servirnos, que una palabra de S. M. le bastó a usted para decidirse y que por toda garantía de una operación tan considerable, no tiene usted más que un sencillísimo acuerdo del Consejo.

MAY.—¿Qué más podía pedir?...

DIS.—(Llamando.) ¡Terle! Eso lo olvida usted, pero nosotros no, y aparte de mi propia decisión, hay el ruego de S. M. indicándome que de ninguna manera permita—¿lo oye usted bien?—que de ninguna manera permita que se ocasione el más leve quebranto al nombre de su casa de usted.

MAY.—Mi gratitud será inmensa.

DIS.—Así es nuestra obligación. (A Terle, que sale por la derecha.) El director del Banco.

MAY.—Ese ya se negó.

DIS.—Bueno.

MAY.—Y se volverá a negar.

DIS.—Pronto lo vamos a ver.

MAY.—Si no tiene usted esperanza mejor...

DIS.—Ni la quiero. Mis esperanzas van de una en una y jamás pienso en la segunda sin haberme salido fallida la primera.

MAY.—Usted sabrá....

Dichos, Probert y Terle, por la derecha.

PRO.—(Rápido.) Señor Ministro, es menester que consigne...

DIS.—Un momento.

PRO.—Mi protesta más...

DIS.—¡¡Un momento!! (Pausa.) Terle, tráigame esos papeles.

TER.—Bien. (Mutis volviendo pronto y colocándose apartado.)

DIS.—(Calmoso.) Usted dirá.

PRO.—Mi protesta más solemne por la forma en que me hicieron venir, incluso con la amenaza de utilizar la fuerza, y no puede ser de ningún modo...

DIS.—(Interrumpiéndole.) Lo que no puede ser es que un funcionario discuta con el ministro cuando se le llama oficialmente: no puede ser que sus ocupaciones tengan preferencia sobre las del Gobierno: y no puede ser—y usted habrá empezado a persuadirse de que no lo es—que sea usted quien señale las horas para hablar conmigo. No. Soy yo quien las señala y usted quien aguarda. (Sale Terle por la derecha con un cartapacio con papeles.)

PRO.—Si es oficialmente no tengo nada que replicar.

DIS.—Eso creo yo también.

PRO.—(Ceremonioso.) Y estoy a las órdenes de vuecencia.

DIS.—(Sonriendo.) Si el tratamiento es por mí, queda usted dispensado, como todos y como siempre. Y si es por marcar bien la diferencia entre nosotros, no vale la pena de que usted se esfuerce; que ya todo el mundo sabe que por ahora hay bastante diferencia entre los dos.

PRO.—Obedeceré.

DIS.—A su gusto. Le he llamado porque interesa al Gobierno el resolver satisfactoriamente la concesión del crédito a la casa Meyer.

PRO.—¿Me permite el señor Ministro? Siento manifestarle que el Consejo de Administración se opone a ello.

DIS.—Pues haremos entrar en buen juicio a esos señores, que un Banco Oficial y que realiza beneficios fabulosos por el privilegio que le conceden, no puede negarse a secundar la acción del Gobierno en un asunto de carácter nacional.

PRO.—No lo entienden ellos así...

DIS.—Ni yo les he pedido que lo entendieran. Me basta con que lo cumplan.

PRO.—El Consejo no lo hace.

DIS.—Pues el Gobierno deshace el Consejo. ¿Ve usted qué sencillo? Mañana aparecerá la convocatoria de Cortes para el día 20. El 21 se discutirá la prórroga del privilegio al Banco, y la mayoría votará en contra.

PRO.—¡Señor Ministro!

DIS.—Ya le dije a usted que era muy sencillo.

PRO.—Pero los graves intereses que manejamos...

DIS.—No se preocupe de esas minucias. Con la exclusiva de emisión de billetes de Banco, de cualquier casa, de la más modesta, hacemos la entidad más poderosa en diez minutos.

MAY.—(Gravemente.) Y sobran minutos.

DIS.—(Sonriendo.) Y sobran minutos. A otra cosa. Esta medida requiere un mes... y la concesión del crédito es urgente. No puedo esperar... y en las atribuciones de usted cae muy holgadamente el concederlo. ¿Es verdad?

PRO.—Es verdad, pero yo, como Director y conociendo la opinión del Consejo, es imposible que intervenga en tal asunto.

DIS.—¿Imposible?

PRO.—Lo deploro...

DIS.—Y yo también... pero usted se lo busca. Veamos, señor Probert. ¿Decididamente no puede usted intervenir como Director?

PRO.—No.

DIS.—Le doy a usted un segundo para reflexionarlo. (Pausa.) ¿No?

PRO.—No.

DIS.—Terle... el decreto destituyéndole del cargo.

PRO.—(Espantado.) ¡¡Señor Ministro!!

TER.—(Sacándole de una cartera o cartapacio y entregándoselo.) Aquí está.

DIS.—Esta noche al Diario Oficial.

TER.—Bien.

DIS.—(Tendiéndole la mano.) Hasta la vista, señor Probert.

PRO.—¡¡Señor Ministro!!

DIS.—(Fríamente.) Es indispensable tener con quién tratarlo... y ya que usted no puede, veremos si otro podrá.

PRO.—Yo le ruego que no tome esa determinación, que para mí, en estas condiciones, es de un perjuicio enormísimo.

DIS.—¿Y para que me ruega usted ahora; cuando era tan hacedero el haberme atendido antes? Sin agravio ninguno mío... ¿verdad, ninguno? para que se resuelve usted contra mí? ¿Qué ventaja es la suya, si usted no puede ocasionarme más que una pequeñísima mortificación y yo le puedo destrozar de una plumada?

PRO.—¡¡Créame sinceramente que no he pensado nunca en tal rebeldía!! Pero comprenda el señor Ministro que mi situación ante el Consejo del Banco me obliga...

DIS.—¿Y ante el Gobierno?

PRO.—¡También, también! Y si el Gobierno lo manda, ya estoy dispuesto y acato el gran poder de usted.

DIS.—Le tengo, sí... pero es bien triste que tantas veces me fueren a recordarle a muchos que lo tengo.

PRO.—Hoy mismo le traeré a usted los créditos concedidos...

DIS.—Bien... Iba a romper a un hombre... prefiero no romper más que un decreto. (*Rompe el decreto.*)

PRO.—Agradecidísimo, señor Ministro... (*Mutis.*)

Dichos, menos Probert.

MAY.—(*Cogiéndole las manos.*) La casa Mayer tendrá siempre a gran honor el haberse confiado a la palabra de un Disraeli.

DIS.—Gracias, señor Conde.

MAY.—¿Señor Conde? Yo no soy...

DIS.—Se me olvidaba ese detalle.

MAY.—(*Emocionado.*) ¿Qué quiere usted decir?

DIS.—Terle... La Real cédula en que S. M. otorga el Condado de Mayer y hace par del Reino a nuestro amigo.

TER.—La Real cédula. (*Mutis foro derecha.*)

MAY.—(*Leyéndola.*) ¿Es posible? ¿Es posible, Dios de Israel?

DIS.—Todo es posible por la Tierra. A veces, los hombres merecen mucho... y, a veces, los Reyes les conceden algo.

MAY.—¡Si el honorable Samuel Mayer pudiera revivir un momento, aquella humilde covachuela retemblaba con las voces de asombro y de júbilo!

DIS.—Razón habría...

MAY.—Y los países que hicieron emigrar a sus antepasados de usted y a los míos, huyendo de la Inquisición, quizás alguna vez se hayan arrepentido de haberse privado de una raza tan laboriosa y tan perseverante como la nuestra.

DIS.—Quizás....

MAY.—Que ni aun mirando con ojos de fanatismo podemos explicarnos que se cieguen voluntariamente los cauces que nos traen la abundancia.

DIS.—Es otra visión de las cosas. Hoy no comprendemos el pasado.

MAY.—Y en algunos pueblos ni el presente tampoco.

DIS.—Es verdad.

MAY.—Que el dinero está hoy en nuestras manos... y hubiera sido estar en las suyas.

DIS.—Cierto.

MAY.—Y no se ha demostrado todavía que los que sirvieron para echarnos hayan servido después para sustituirnos.

DIS.—Cierto, cierto.

MAY.—Que Dios le guarde, Disraeli.

DIS.—Que Dios le guarde, Conde de Mayer. (*Mutis foro derecha.*)

Dicho, Terle.

TER.—(*Entrando rápido.*) Agata.

DIS.—Y usted, Terle, haga el favor de ayudarme. (*Entre los dos traen un velador en que hay ya varios libros y papeles, y luego un sillón con almohadones y un capote con el que se cubre Disraeli al sentarse.*)

TER.—¿Enfermo?

DIS.—Enfermísimo. (*Con voz doliente.*)

TER.—(*En voz alta.*) Celebraré que usted se alivie.

DIS.—(*Quejumbroso.*) Gracias. (*Terle se inclina más aún y mutis.*)

Disraeli, Agata.

AGA.—¿Qué es eso?

DIS.—No lo sé... Me aseguran todos los días que mejoro, y es indudable que científicamente he mejorado, pero yo preferiría que el médico no me encontrara tan bueno... y encontrarme yo un poco mejor.

AGA.—Los periódicos asustan.

DIS.—Siéntese. Hágame la caridad de su presencia. ¿Asustan, eh? Yo no

puedo enterarme por los periódicos, que en casa no me dejan leer los que hablan mal de mí... y con esa limitación no leo ninguno hace ya tiempo.

AGA.—¿Qué le duele?

DIS.—Nada. Un gran cansancio, que si no me llevaran y me trajeran estaría las horas eternas sin moverme del mismo sitio.

AGA.—Exceso de trabajo. Con descansar una temporada se repone completamente.

DIS.—Algo debe funcionar por lo mediano en esta máquina cuando me llenan de potingues.

AGA.—No sea aprensivo, Disraeli.

DIS.—A propósito... ¿quiere alcanzarme ahí de la mesa la receta que dejó el Doctor?

AGA.—Con mucho gusto. (*Mientras la busca lee los telegramas y se apodera del papelito de la clave, escondiéndolo en el guante.*)

DIS.—(*Observándola disimuladamente, sonrío cuando la ve guardar la clave.*) Reconozco que soy una tentación para quien tenga la pluma larga con los medicamentos, por lo dócil para tomarlos, y como además casi todos me gustan, cuando el prospecto marca de dos a tres cucharadas, yo siempre opto por tomar las tres.

AGA.—Aquí no hay ninguna receta.

DIS.—La mandarían ya a la farmacia. No se moleste más.

AGA.—(*Sentándose con Disraeli.*) Mary, seguramente. Mucho le quiere a usted.

DIS.—Y yo a ella. Pero claro que, a estas alturas, es ya un cariño puramente fraternal, y que no impide—guardándole todos los miramientos y todas las consideraciones—el que yo sueñe con algo más y de otra índole.

AGA.—Usted sueña...

DIS.—Muchas veces... ¡Pero es tan difícil encontrar una mujer con la suma de exigencias que yo tengo!

AGA.—¿Tantas son? •

DIS.—Cuenta por los dedos. Guapa, joven sin ser niña, inteligente, instruída, ambiciosa...

AGA.—¿Ambiciosa también?

DIS.—Lo considero esencial, porque, si dentro de mi casa admito la relativa modestia de un vivir decoroso, en cambio a la mujer que me distinguiera la exigiría que fuese la más elegante, la más suntuosa y la que agrupara en torno suyo, con banquetes y recepciones, a los hombres de más viso de Inglaterra... y de fuera de Inglaterra.

AGA.—Ya es algo.

DIS.—Creo que sí.

AGA.—Y exigir, ¿qué significa?

DIS.—Darle todos los medios para empezar esa vida y ponerla en condiciones para buscarse ella sola el continuarla.

AGA.—Ya es bastante.

DIS.—Creo que sí.

AGA.—¿Alguna condición más?

DIS.—La última. Que pasara lo que pasara, ni en bien ni mal, ¡jamás! hiciera gala de su amistad con ese hombre, siendo en público uno de tantos amigos, y no ocasionándole jamás ¡jamás! ni la sombra de una competencia con su propia mujer, y si preciso fuera cediendo siempre ante ella.

AGA.—Si es inteligente la otra, esto será lo primero que procure.

DIS.—Conformes.

AGA.—(*Deslumbrada.*) ¡A mucho podía llegar la que contara con una amistad así de Disraeli.

DIS.—Y a él, para su política y hacerse partidarios, le convendría mucho una mujer así.

AGA.—¿Y la habrá?

DIS.—Sí.

AGA.—¿Usted la conoce?

DIS.—Sí.

AGA.—¿Y le dijo ya algo?

DIS.—Sobrado... si es como yo la deseo.

AGA.—¿Y ella?

DIS.—¿Ella...? (*Cogiéndole una mano y atrayéndola poco a poco hasta que con naturalidad consigue coger la otra también.*) ¿Qué le parece a usted que me contestaría ella?

AGA.—No es fácil hablar por otra...

DIS.—Yo... ya soy yo: supongamos que usted es la otra para los efectos de saber cómo discurre una mujer, que a mí me agrada infinitamente, y que a usted se le asemeja en más de una condición de las que he señalado.

AGA.—¿Y qué valdrá lo que yo diga?

DIS.—Muchísimo.

AGA.—Entonces, pregunte.

DIS.—Pero a condición de hablar con absoluta franqueza. Si se acepta, encantado, si no se acepta, perdonado... y ni una alusión jamás.

AGA.—Hablemos...

DIS.—(*Cogiéndola del otro brazo.*) Pues, bien, Agata... (*Al leve esfuerzo que hace Agata para desprenderse, Disraeli la suelta.*) Si empieza usted por alejarse, ya no insisto, e iré nada más a pedirle a usted perdón.

AGA.—(*Sonriendo.*) Es usted exigente...

DIS.—Para ir juntos, sí; para no comprendernos, no. Respetuoso otra vez,

AGA.—Bien... prescindiremos un poquito del respeto por la curiosidad de esta conversación.

DIS.—(*Insinuante.*) ¿Hablo?

AGA.—(*Coqueta.*) Hable...

DIS.—(*Cogiéndola.*) Pues, escúcheme y respóndame. La mujer en quien he soñado, la que realizaría el ideal de mis ansias y de mis ambiciones.

AGA.—(*Notando que Disraeli huronea por meter los dedos en el guante, y comprendiendo el lazo que le tiende se levanta brusca.*) ¡No!

DIS.—(*Levantándose también y sujetándole el brazo con las dos manos.*) ¡Sí!

AGA.—¡Aparte!

DIS.—¡No!

AGA.—¡Que llamo!

DIS.—Llame si se atreve.

AGA.—Me hace usted daño.

DIS.—Aunque lo haga.

AGA.—¡Suelte!

DIS.—El guante fuera.

AGA.—¡Mal caballero!

DIS.—Señora de Foljambe, señora espía, ¡el guante fuera!

AGA.—(*Espantada.*) ¡Disraeli!

DIS.—¡Pronto, pronto!

Dichos: Carlos, e inmediatamente Clarisa y Mary.

CAR.—¿Qué pasa?

DIS.—(*Haciéndole detener con un gesto.*) ¡Nada! Venga la clave que ha cogido usted de la mesa.

AGA.—¡Disraeli...!

DIS.—¡Venga!

AGA.—Aquí está.

DIS.—Y responda. ¿Es usted la señora... ¡no! la Foljambe?

AGA.—(*Altanera.*) Sí.

DIS.—Me constaba, pero es mejor que no haya equívocos.

AGA.—Ya sé lo que me espera. No lo temo, porque siempre he descontado este final... ¡sólo que no sospechaba tanto honor para mí... ni tanta bajeza para usted! Disraeli tendiéndome un lazo... ¡Ni yo a más, ni usted a menos!

DIS.—Para desenmascararla.

AGA.—Ni para eso le ennoblece a usted. ¡Bien...! ¿Supongo que ahora me llevará usted por las calles como triunfo...?

DIS.—No. En primer lugar, no causó usted daño ninguno, aunque pretendiera hacerlo, y luego, yo la admití en mi casa... y de aquí no se sale para el presidio.

AGA.—Creí que era la antesala.

DIS.—Pues, se engañó usted una vez más.

AGA.—¿Y entonces?

DIS.—Le doy a usted cuarenta y ocho horas para salir del reino.

AGA.—¿Libre?

DIS.—Libre.

AGA.—Gracias. No lo olvidaré... ni olvidaré tampoco jamás cómo son las declaraciones de amor de un presidente.

DIS.—Puesta a recordar, piense también alguna vez en que el hombre que perdona ya disculpa bastante al presidente que descubre.

AGA.—Me venció... ¡no le guardo rencor!

DIS.—La vencí... pero no estoy orgulloso de mi victoria. Ninguno de los dos íbamos leales, y aunque el motivo fuera muy diferente, a traición no agrada ni el vencer.

AGA.—Quizás. ¿Puedo marchar? Pues, que Dios le guarde... y créame que sinceramente le deseo que tenga siempre mucho bien.

DIS.—Para usted, si no cambia, ya es bastante el desearle que no tenga mucho mal.

AGA.—Bastante, sí. Hasta siempre... o hasta nunca, Disraeli.

DIS.—El cielo lo sabrá. Adiós.

AGA.—Adiós. (*Una ligera reverencia y mutis lento.*)

Dichos, menos Agata.

MARY.—Tenía que ser... y ya fué.

CLA.—Hizo usted bien perdonando, pero creo que aún hizo usted mejor concluyendo.

CAR.—Sin duda ninguna. Y olvide usted este incidente desagradable para no pensar más que en el día de júbilo que proporciona usted a Inglaterra.

DIS.—Puede que no sea mal consejo. Oye, Mary, haz el favor de vestirme inmediatamente, porque deseo que la Reina oiga de tus labios por primera vez su título de Emperatriz.

MARY.—Qué alegría va a tener.

DIS.—Pues, que de ti la reciba. Ese es el tributo que te rindo.

MARY.—(*Abrazándole.*) ¡Dizzi!

DIS.—El camino de la India, ya es nuestro, y nada se opone para que a su corona regia añada esa otra corona imperial.

CLA.—¡Tan codiciada!

MARY.—¡Y tan merecida!

CLA.—¡Qué gloria para usted!

CAR.—¡Qué triunfo, Disraeli!

DIS.—Sí... ¡qué triunfo! Pero tú, que has podido apreciar ahora con exactitud cómo funciona el engranaje íntimo de estas cosas políticas, dime con lealtad, ¿qué ganamos nosotros con este gran triunfo? ¿tú y yo, y cuantos pusimos nuestros desvelos para conseguirlo, qué ganamos personalmente con que la Reina tenga una corona más y con que Inglaterra se asegure la colonia más rica y más poderosa del mundo? ¿Qué?

CAR.—Nada.

CLA.—¡Qué pregunta tan cándida y tan extraña, Disraeli! ¿Es que no ganan ustedes ya haciendo un gran bien a su país?

CAR.—¡Eso, sí!

DIS.—Eso, sí... pero eso, que te parece a ti elemental y sencillísimo, es muy difícil de hacérselo comprender a la inmensa mayoría de los hombres. ¿Una grandeza para mi país... y no aprovecho yo en títulos y en honores?... ¡quía! ¿Una labor de muchos, y no hemos medrado unos cuantos?... ¡quía! ¿Un negocio de millones, y no embolso yo ni unos miles?... ¡quía!

MARY.—Es verdad.

DIS.—Y al juzgarnos de esa manera, siendo la Patria la mayor razón de todas, es siempre la última razón que suponen que hemos tenido los que hacemos algo por la Patria.

CLA.—Es muy doloroso.

DIS.—Y muy falso. Cuando os digan de un hombre que en la gobernación del Estado fué torpe, que no tuvo suerte ni habilidad, creedlo, que es muy posible; pero cuando os digan que hubo uno ¡uno solo! que pudo hacer bien a su país y no lo hizo, no quiso hacerlo, responded resueltamente que es mentira ¡que no hay hombres así, aunque los haya a quienes les convenga el juzgar que los otros son así!

MARY.—¡Bien dices!

DIS.—Pero como si no dijera, que todos prefieren creer lo malo.

CAR.—Olvide usted eso también. Lo importante hoy es que por usted se afiance para siempre la colonia magna de la tierra.

DIS.—¿Para siempre...?

CLA.—Y el pavo real, uno de los símbolos del poderío inglés en la India, se perpetuará eternamente.

DIS.—¿Eternamente? ¡Ojalá...! Pero eso es incompatible con la evolución de los tiempos, y días han de venir en que se perderá lo que hoy cuesta tantos sacrificios conservar.

CAR.—¡No, Disraeli, no!

Dichos: Potter.

POT.—¡Señor...! Señor...! ¡Me comen la rosa! ¡Me comen la rosa!

DIS.—Paciencia.

POT.—¡La destrozan toda!

DIS.—Paciencia.

POT.—¡Y así no habrá una rosa jamás!

DIS.—Te engañas, amigo Potter. Las rosas brotarán siempre... y los pavos reales... (*Mirando a Clarisa*), los pavos reales irán poco a poco desapareciendo de la Tierra. Ahora que aún están ¡venerémoslos, Potter, venerémoslos! (*Telón.*)

FIN DE LA OBRA

AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA:

República Argentina: **ANTONIO MANZANERA**.—Independencia, 868.—Buenos Aires

Precio del ejemplar en Buenos Aires: 40 centavos.

Guatemala: **DE LA RIVA HERNAÑANDEZ**.—2.^a Avenida Sur. n.º 8.—Guatemala C. A.

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 8.088.